

LAS DIVERSIONES
Y
LA MORAL,

por

D. FÉLIX SARDÀ Y SALVANY, PBRO.,

director de la Revista popular.

Aprobado por la autoridad eclesiástica.

BARCELONA:
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.
1876.

Es propiedad.

INTRODUCCION.

Vamos á ocuparnos algo de las públicas diversiones, asunto de propaganda católica al cual tal vez muchos no dan la importancia que debieran. Se la darian, y muy merecida, si considerasen que la revolucion, nuestra eterna enemiga, solo ha podido introducirse en las ideas corrompiendo antes las costumbres, y que para esta corrupcion de las costumbres nada le ha servido mejor y con más eficaces resultados que las diversiones corrompidas. En todas partes donde pretendió entrar ó arraigarse la revolucion anticristiana, empleó igual procedimiento. ¿Habrá quien se admire de que demos hoy un lugar preferente á esta materia?

Frivolo parecerá este trabajo que emprendemos: lo será quizá porque ni nuestros escasos conocimientos, ni el carácter familiar de la presente publicacion, nos permiten ahondar mucho en la materia; pero, si atentamente se considera, se comprenderá luego que de todos los estudios sociales el más profundo quizá es el que se refiere á las públicas diversiones. En las diversiones es donde con mayor seguridad se pueden examinar el espíritu y tendencias de una época ó de una nacion;

allí se reflejan con toda espontaneidad y sin disimulo sus defectos y virtudes; casi en ninguna parte aparece el pueblo tal como es en sí, sin disfraces ni afectadas composturas, como en sus horas de expansion y desahogo. Por donde, si por la eleccion de sus juguetes se da á conocer á un ayo observador la indole del niño, nada nos dará á conocer con tanta verdad la indole de ese niño grande que se llama pueblo, como esos sus juguetes, que tales son sus diversiones. Casi nos atreveríamos á asegurar que, ante una sociedad completamente desconocida, lo primero que deberia preguntar el que desease conocerla no debiera ser «¿cuáles son tus leyes? ¿cuál tu religion? ¿cuál tu forma de gobierno?» sino «¿cuáles son tus diversiones? Muéstrame cómo te diviertes, y te diré quién eres, y adivinaré con solo este dato todo lo relativo á tus creencias, moral, legislacion y formas políticas.»

Indicada, pues, la trascendencia que tiene para nosotros esta cuestion, véase si se nos abre, ó no, ancho campo con ella. ¡Asi fuesen nuestras fuerzas tales como se necesitan para recorrerlo en toda su extension con mediano provecho de nuestros lectores! Harémos en esto hasta donde ellas alcanzen, y nada más. Dirémos lo que sepamos, y tal vez la misma insuficiencia de nuestro trabajo mueva á plumas más diestras á proseguirlo y ampliarlo con mayores frutos. Vemos á sobresalientes ingenios ocupados en la investigacion de los más grandes problemas de ciencia social, buscando el

origen de nuestros males en lo más intrincado de los acontecimientos históricos, ideando para explicarlos teorías á cual más sutiles y peregrinas, y proponiendo para su curación soluciones admirablemente discurridas, pero que por desgracia son en práctica inaplicables. Y mientras así tan sábiamente se disante, el enfermo agoniza, y camina rápidamente á la muerte. Es que por desgracia remontando la consideración á no sé qué leyes histórico-filosóficas y á puntos de vista generales, nos olvidamos frecuentemente de lo que está al alcance de nuestra mano, de lo que vemos y oímos todos los días, de lo que no necesita para ser visto más que un poco de buena fe, para ser juzgado más que un poco de buen sentido, y para ser curado más que un poco de buena voluntad. Cosas muy frívolas al parecer suelen ser causa de grandes resultados. Tal nos ha parecido siempre la pública diversion.

Muy á menudo leemos, con una detencion que álguien quizá extrañaría en nosotros, la seccion de los periódicos dedicada al anuncio de las diversiones. Al ver el afán con que nos enteramos de los espectáculos que se dan en nuestros teatros, del programa de los bailes, de las descripciones de las corridas de toros, de las reseñas de cuadros al vivo, y de todo lo demás que se encierra en aquella apetitosa primera página de nuestros diarios, cualquiera nos creería uno de tantos aficionados que van allá en busca de placeres, para escoger de entre ellos el que más se acomode al paladar de sus

pasiones. Y sin embargo, amigo lector, lo cierto es que ni al teatro vamos, ni al baile, ni á los toros; ni hemos visto en nuestra vida un mal can-can; hoy que lo saben hasta los niños; ni nos hemos divertido *inocentemente* ningun día en ninguna exposicion de carnes humanas. ¡Ah! Leemos aquellos anuncios, clavamos la vista en el cartel pegado á la esquina, examinamos el mamarracho pintarrajeado que cuelga á la entrada de nuestros teatros, con el mismo interés con que sigue un corazón compasivo la marcha de una enfermedad reinante, que tal ha llegado á ser hoy la mania de divertirse. Y de este exámen salimos casi siempre con el corazón lastimado, y muchas veces ¿por qué no hemos de decirlo? con el estómago revuelto de puro asco. Y sin embargo, ¡álreves á hacer sobre esto alguna observacion, siquiera la apoyeis con incontestables razones, siquiera la ilustreis con dolorosas experiencias! se os tendrá por mogigato y escrupuloso, y gracias que no se os llame hipócrita. «¿Quereis hacer del mundo un vasto monasterio? ¿Presumis que ha de llevar todo cristiano la vida austera del anacoreta? ¿Qué mal hay en que se divierta la gente?» Y así, con razones por este estilo, se legitima toda liviandad, y se suelta el freno á todas las concupiscencias.

Vamos á hablar, pues, resignados á oir en torno nuestro, y de labios quizá hasta de muchos católicos, exclamaciones análogas; pero resueltos también á seguir sin hacerles caso, condenando todo lo que parezca digno de condenacion á los ojos de

la razon cristiana, y no admitiendo lo que no venga autorizado por la moral de la Iglesia, siquiera traiga en su favor todos los pasaportes y salvoconductos que otorga tan fácilmente la moral del siglo. Esta suele pecar por demás de elástica y acomodaticia. Podrá ser que no gustemos á todos. Poco nos importa, con tal que aprovechemos á algunos. De este criterio que tenemos adoptado desde que por vez primera escribimos para el público, nos acordaremos más que nunca en esta obrita cuya lectura muy especialmente recomendamos á los padres y madres de familia.

LAS DIVERSIONES Y LA MORAL.

I.

¿Pues qué, no es lícito divertirse?

¿Cómo si es lícito divertirse? y no solo lícito, sino útil; y no solo útil, sino indispensable. ¿Quereis más?

No es de hierro el hombre para que pueda estar asiduamente dedicado al trabajo sin necesitar esparcimiento. Aunque de hierro fuese, hasta lo de hierro se gasta, si se lo sujeta á un trabajo excesivo. Hasta un arco de bien templado acero se rompe, si quiere encorvarse más de lo que permite su elasticidad. Pues bien. El cuerpo del hombre y aun su alma necesitan de vez en cuando descanso y desahogo. Aun nuestro propio interés nos fuerza á concedérselo á los brutos animales para mejor utilizar sus servicios: ni el buey, ni el mulo, ni el caballo, con ser tan robustos, soportarian la fatiga á que les sujetamos, si no les concediésemos en ciertas horas y en ciertos días un descanso y una

libertad que les estuviese de continuo restaurando y como rejuveneciendo.

No hubo pueblo jamás sin dias festivos, y en todos los pueblos el dia festivo ha tenido dos fines principales: dar culto á Dios, y conceder descanso y distraccion al cuerpo cansado por el trabajo. Nadie ha podido dispensarse de esta ley inevitable, ni los pueblos exclusivamente agricolas, ni los puramente guerreros, ni los industriales y negociantes. En vano fuera atribuir á corrupcion lo que es efecto de una necesidad absoluta. O en anchos circos contruidos con toda la magnificencia de las artes, ó sobre el césped de las praderas y bajo la sombra de los árboles seculares; es decir, ó con todo el refinamiento de la civilizacion, ó con la sencillez de la vida primitiva y patriarcal, en todas partes el hombre ha procurado dar satisfaccion á esta necesidad de su cuerpo y de su espíritu. Concluamos, pues. Es tan urgente darle al alma y al cuerpo descanso y expansion, como darles aire para respirar y alimento para sostenerse. Un trabajo continuado llegaria á ser hasta inmoral y embrutecedor. El hombre que de continuo estuviese regando con su sudor la tierra de su campo ó la máquina de su taller, el otro que dia y noche no alzase sus ojos de su observacion fisica ó de su lucubracion filosófica, esos tales no tardarian en volverse egoistas y exclusivos; apagaríase en ellos todo sentimiento de amor á sus semejantes y de obsequio á Dios; el trabajo excesivo haria de los primeros unas como bestias solo dispuestas á los

goces de la sórdida avaricia; y de los segundos, monstruos de orgullo á quienes la vanidad del saber volveria más insufribles é insensatos que la más supina ignorancia. Por donde, lectores míos, no solo es licito divertirse, sino que es útil: y no solo es útil, sino que es indispensable.

Pero así como, por más que sea licito, útil y necesario el comer, no siempre es recomendable lo que se come, así tambien muy á menudo es peligrosa la diversion, con todo y ser una cosa muy útil y muy santa el divertirse. Comed enhorabuena, pero sea pan, no veneno, que si en lugar de pan le dais á vuestro cuerpo sustancias venenosas no sostendréis su vida, sino que acabareis pronto con ella. Así tambien, divertios en buen hora, pero cuidad que la diversion que le dais al cuerpo no os envenene juntamente el cuerpo y el alma, que por desgracia es materia esta en donde anda el abuso tan cerca del uso, que ha venido á considerarse casi como inseparable de él. No diré que deba serlo por necesidad, pero sí que lo es con sobrada frecuencia.

En efecto. En ninguna parte ha hecho tantos estragos la corrupcion como en esta. Hay en primer lugar exceso en las diversiones. Comer regularmente, sostiene las fuerzas y aun las devuelve si se han perdido: comer en demasia es entregarse á los dolores de la indigestion y á la postracion que la acompaña. Así sucede con las diversiones. Aun en las diversiones inocentes ha de ejercitarse la templanza. No pensar sino en la diversion, dedicar

á esa frivolidad todos los pensamientos y todas las horas libres del día, hacerse de ella una obligación tan seria y formal como las demás obligaciones, es un cierto linaje de glotonería del alma, mil veces más perjudicial que la del estómago. Es además signo evidente de decadencia y degradación. *Panem et circenses*: este era el único grito del populacho romano en los últimos días de su ignominiosa agonía. Su ideal estaba satisfecho con que se le diese un mendrugo de pan y juegos en el circo. Y recientemente hasta periódicos revolucionarios, bastante curados de vergüenza, se han ruborizado describiendo el espectáculo que presentaba Madrid en días de calamidad nacional, en días de guerra feroz entre hermanos, en época por todos conceptos desastrosa, reuniéndose y olvidándolo todo, patria, religión, gobierno, públicas miserias, para inaugurar... otra plaza de toros. ¡Ah! Cuando los hombres graves hablan y obran y se mueren por los juguetes como los niños, ¡síntoma fatal! es que la vejez ha llegado á aquel periodo en que por su imbecilidad es una segunda infancia. Somos por el mismo estilo; pueblos viejos que volvemos á niños con todas las miserias de la edad primera y sin ninguno de los encantos de su inocencia. ¡Ay del pueblo que no piensa más que en divertirse!

Así en pueblos como en individuos es, pues, un signo de corrupción el hambre desmedida por las diversiones. Más todavía... ¡fuesen estas diversiones simplemente frívolas! ¡no hubiese otra cosa que lamentar que el excesivo tiempo empleado en ellas!

Pero es lo peor que son por lo comun esencialmente pestilentes y corruptoras. Hémos aquí ya de lleno en el punto que nos proponíamos tratar.

II.

Vamos; ¿qué escrúpulos se os pueden ofrecer, por ejemplo contra el teatro?

Precisamente quise, amigo mio, empezar por ahí, por lo que parece más inocente, si señor, por el teatro. Bien merece que le demos el primer lugar, ya por su excelencia intelectual y artística, ya por su innegable influencia social. Lo hallamos en todas las naciones y en todos los siglos. Diríase que siempre y en todas partes ha sentido el hombre una como cierta necesidad de ver reproducidas y representadas en grata ficción las escenas que más ó menos le interesan en la vida real. La institucion del teatro es, pues, de por si digna de encomio como tantas otras, y es indudable que sus placeres estéticos corresponden á la parte más noble de nuestro sér. De todas las diversiones es la más ideal y la más culta, la más conforme á las aspiraciones elevadas del alma, á los sentimientos más delicados del corazon.

Perdónennos, sin embargo, nuestros lectores, si apenas principiada esta, que parecerá á algunos decidida apologia de los espectáculos dramáticos, nos dejamos caer de tales alturas puramente especula-

tivas, y nos vemos forzados á convertir los panegiricos en desapiadada invectiva. En efecto. Del teatro hemos hablado hasta aquí en teoria, es decir, segun lo que dan de sí las reglas del arte y las indicaciones de los preceptistas, no segun lo que muestra la experiencia de todos los dias. Más claro. Del teatro hemos dicho lo que debiera ser y aun lo que podria ser, cuando nuestra obligacion hoy por hoy es hablar de lo que realmente es, y en vista de lo que realmente es, resolver lo que cristianamente debe de él pensarse. Coloquémonos, pues, en este terreno práctico, real, tangible, en que debe colocarse siempre el moralista en sus apreeiaciones.

Aquello tan sabido y tan sonado de que el teatro es *escuela de las costumbres*, tiénese ya por antiqualla trasnochada y completamente pasada de moda. Nadie cree ya en ella, ni los mismos autores dramáticos que pudieran parecer más interesados en sostenerla. Figaro, crítico tan competente como todos sabemos, se burló ya de eso más de cuarenta años atrás, y cuenta que el infortunado cuanto desocupado y poco aprensivo escritor de Madrid no habia alcanzado todavía el teatro de nuestros tiempos. No, nunca ha sido el teatro escuela de costumbres; no lo fué en Grecia, ni en Roma, ni en la edad media, ni en nuestro siglo de oro, ni en la época clásica de Luis XIV, ni en nuestros dias. Lo que fué, sí, en todos tiempos cuadro fiel, reflejo exacto de las costumbres de su época respectiva, lo cual varia mucho de aspecto. Precisamente en esto es-

triba su mayor peligro, y esta ha sido la causa de sus mayores extravíos.

En efecto. No corrige, ni dirige, ni forma las costumbres el que tiene por norma general acomodarse constantemente á ellas, poetizarlas con vivos colores: tal ha sido en todos tiempos el teatro. Cítesenos una época sola en que el teatro se haya colocado al frente de la opinion para dirigirla, en vez de seguir humilde y rastrero en pos de ella para secundarla. No podemos bajar detenidamente á ese estudio prolijo; pero está indicado, y puede cada cual hacérselo por su cuenta con solo cotejar los grandes escritores dramáticos con la época histórica en que florecieron. Incultos y groseros, si la época fué grosera; religiosos, cuando dominó el sentimiento religioso; lascivos y poco delicados, cuando la opinion pública no escrupulizó en estas materias; impíos, cuando fué de moda la impiedad; escépticos y bufos, cuando, como hoy, es lo dominante el escepticismo; los autores dramáticos son más que nadie hijos de su época, representacion viviente de las creencias, hábitos y preocupaciones de ella. Ninguno de los tales podrá jactarse de haber formado á su imágen y semejanza la generacion que le escuchó; en cambio, ni uno deja de mostrar en sí propio la fisonomía de la generacion de cuyos sentimientos es hijo. Esto es lo constante y lo universal. Esto, añadiremos, es lo que por precision debe suceder dada la misma naturaleza de la cosa. Efectivamente. No fuera tan grande el encanto de las representaciones dramáticas,

si no fuesen de todos perfectamente comprendidas; ni fueran de todos perfectamente comprendidas, si no fuesen reflejo fiel del modo de pensar, querer y sentir de todos ó casi todos. Una bella composicion en disonancia con las propias ideas y sentimientos podrá gustarle al literato que sabe colocarse en la debida composicion de lugar y tiempo para gozarla, no al público comun que no sabe de estas abstracciones. Es, pues, el teatro, como apuntábamos al principio, no escuela de las costumbres, sino reflejo de ellas. Esta es la regla general que no desmienten contadas y rarisimas excepciones. Estas son excepciones, heróicas excepciones, y nada más.

Ahora bien. Ahí está el gran peligro del teatro como pública diversion. De retratar las costumbres á condescender con ellas, hay poquísima distancia. Teniendo en cuenta la debilidad del hombre, de la cual no se libran los poetas, debilidad que les hace condescendientes y tolerantes con lo que á su rededor goza de prestigio y consideracion, sucederá casi siempre que aquello tan sabido de Lope de Vega, de hablar en necio al necio para darle gusto, no se limitará á la esfera del buen gusto y de los preceptos literarios, sino que se aplicará tambien á la sana moral y á los preceptos de la ley de Dios. Exigir lo contrario de la generalidad de los poetas, seria suponer que la generalidad de los poetas son santos, y santos no lo son muchas veces los poetas dramáticos, sino algo menos. Por donde en todos tiempos, si los hemos visto más ó menos escrupulosos en el respeto á las reglas literarias, los

hemos hallado en cambio poco delicados en las de moral. No se ofendan las venerandas sombras de nuestros ingenios.

Nuestro teatro del siglo XVII, que es el más católico, y en órden á las ideas el más ortodoxo de Europa, no es igualmente severo en las costumbres, y cierto no quisiéramos nosotros fuesen nuestras madres y hermanas como aquellas tapadas y desenvueltas de Lope, Tirso y Calderon; ni nuestros hermanos como aquellos galanes tan diestros en amorosas intrigas, como sueltos y desenfados en perfiles de conciencia. Es achaque poco menos que inevitable, dadas las condiciones del autor, de la obra y del público que ha de gozarla. El mismo Calderon, piadosísimo, que visitaba el santísimo Sacramento antes de emprender la composicion de uno de sus Autos sacramentales, discurría luego como un espadachin calavera, ó como un seductor descarado en cualquiera de sus por otra parte inmortales comedias. Así era su siglo y su público, y no hay más. Tenemos, pues, que no solo no es el teatro rígido censor de las costumbres, sino que es al revés condescendiente y con-temporizador con ellas.

Queremos, empero, dar todavía un paso más. Esta condescendencia con las costumbres en el teatro pasa luego á ser adulacion y lisonja de las mismas. ¿Cómo? Muy claro. Por el mismo colorido de belleza con que el arte las reproduce; por el atractivo de la idealizacion tan poderoso que nos hace simpáticos y encantadores objetos que en su sér

real apenas nos llamarían la atención, si ya no nos inspiraban repugnancia; por la magia del verso y del decorado, que levanta, ennoblece, sublima en alas de la imaginación todo lo que se le encomienda. ¿No veis como en nuestros propios días á fuerza de idealización el arte corrompido logra hacer simpáticos á la muchedumbre tipos tan antipáticos como la tos de la tisis, que es lo más feo en el orden físico; y el amor vendido de la prostituta, que es lo más feo en el orden moral? ¿No habeis oído la *Traviata*? Yo no, y cierto no me pesa.

Pues bien. Resumamos. No corrige el teatro las costumbres malas, sino que las refleja; y no solo las refleja, sino que condesciende con ellas; y no solo condesciende con ellas, sino que se hace por regla general su adulator. Y esto no por casual extravío de tal ó cual poeta, sino por regla general que viene observándose en el teatro de todos los siglos y de todas las naciones, así paganas como cristianas; efecto que por su misma universalidad nos vemos forzados á atribuir á la misma naturaleza de esta diversion, dadas las condiciones del hombre flaco y miserable y propenso al mal.

Por estas simples indicaciones se echará ya de ver que tenemos muy en poco lo que se llama la *misión moralizadora* del teatro. Pésanos como aficionados á las letras, que lo somos, aunque no nos atrevamos á llamarnos literatos. Pésanos por lo muy querida que nos es la memoria de tantos eminentes varones que en este ramo sobresalieron é ilustraron su patria. Colocados, empero, entre las

seducciones del arte, en esto casi siempre extraviado, y las prescripciones de la moral cristiana; entre el acento halagüeño y adormecedor de las musas y el grito severo é implacable de la conciencia, no nos tachen de intolerantes y oscurantistas y poco ilustrados nuestros lectores, ó táchenos si quieren de estas horribles flaquezas; no podemos adherirnos á la paradoja de llamar al teatro elemento moralizador, antes bien seguiremos considerándolo como agente el más activo, precisamente porque es el más culto, de pública desmoralización.

III.

Al fin, clérigo habéis de ser para ver siempre las cosas únicamente por el lado feo.

Calma, amigo mío, calma; *quod scripsi scripsi*, que dijo un juez. Ni por esas me retracto, á fin de que se vea que soy clérigo, si, señor, y neo, y terco y cabezudo por añadidura. No, amigo mío, no; no es el teatro escuela de las costumbres, sino pura y simplemente espejo de ellas. Bueno y edificante cuando ellas fuesen buenas y edificantes: malo por lo comun y desmoralizador, puesto que por lo comun son ellas malas y desmoralizadas. Y más aun, no es espejo fiel, sino espejo adulador; espejo que retrata embelleciendo, haciendo simpáticos los mismos vicios, motivo por lo cual es peligrosísima su influencia en toda edad, y principalmente en la juventud, en que tiene más ascendiente sobre el

corazon lo poético, lo embellecido por la imaginacion, que lo real, lo desnudo de afectos, lo dictado por la razon severa.

Y por este motivo, no solo santos Padres, no solo Doctores eclesiásticos, no solo místicos y ascetas, no solo predicadores y confesores han tenido sus reparos contra el teatro. De estos harías poco caso, porque los juzgas tal vez gentecilla baladí, aferrada á sus rancias preocupaciones, poco conocedora del mundo y del corazon, aunque en todo esto son más maestros que tú y yo y muchos que presumen de serlo. Por lo mismo voy á citarte gente del siglo; despreocupada, como dicen; impía y corrompida, como digo yo, que llamo cada cosa por su nombre; gente que tendrá para tí gran autoridad en asunto que conocia muy de cerca.

«Todo sale á la escena ménos la razon; el teatro da solo malos colores á lo más á las pasiones más viles; aquellas empero que son de moda las engañana y lisonjea. Si la belleza de la virtud fuera obra del arte, ya muchos dias há que el arte dramático la hubiera echado á perder.»

Tales palabritas, amigo mío, son de buen sastre que conocia de sobra el paño; son del mismo Juan Jacobo Rousseau en persona, quien las puso en una muy conocida carta suya sobre los espectáculos. Las siguientes no tendrán para tí ménos autoridad:

«No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido hacer creer, que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios... el hombre es

animal de poco escarmiento, y si lo fuera, seguramente que el colorido de sublimidad y pasión que en el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no sería el mejor medio de hacerle escarmentar. Los celos que en el Otelo del mundo no son sino reprecensibles, están por lo ménos disculpados en el teatro con el exceso de la pasión.»

¿Oíste? Quien así habla no es san Jerónimo, ni san Agustín, ni otro adalid alguno del campo clerical; es Larra, el revolucionario, el incansable demoledor, el desdichado filósofo madrileño, cuyo innegable talento es tan grande como su horrible impiedad. Y aunque poco despues sale á la defensa del mismo teatro á quien con tanta dureza acaba de tratar, inconsecuencia muy frecuente en este escritor, ¿quién quita el peso de aquella su primera razón que en la pluma le puso un momento de buen sentido?

Oye empero un testimonio todavía reciente, el más imparcial, el más autorizado en este punto. ¿Has oído hablar alguna vez de Alejandro Dumas, hijo, el novelista cuyas producciones han sido casi todas prohibidas por la Iglesia, el dramaturgo cuyas piezas han sido objeto de ágrías censuras por su descarada inmoralidad? Escucha, pues. Este escritor llamado á sentarse en el sillón de la Academia francesa, vacante por fallecimiento de otro autor dramático, Mr. Lebrun, al hacer como es costumbre en todo académico entrante el elogio de su antecesor, hizose cargo en su discurso pronunciado en 11 de febrero de 1875 de la acusación de

inmoralidad literaria que se dirigiera un día en aquella misma Academia contra ciertos dramas modernos de su escuela. Alejandro Dumas expone la acusación en toda su crudeza con los siguientes términos:

«Desde hace algunos años se ha introducido en los teatros un prurito de rehabilitación... En todas partes se ha hecho de moda presentar á la escena, como objetos de interés y de simpatías, á mujeres caídas, encenagadas en el vicio, á quienes no obstante la pasión purifica y rehabilita. En otros tiempos presentábase la pasión en los teatros, pero humillada y arrepentida; hoy nos la muestran glorificada en todos sus excesos. Entonces propendía á lo más á excusarse; hoy, erguida la frente, desalia la vergüenza pública con insolencia. Hoy tócale á la honestidad bajar los ojos confundida, hoy se coloca como sobre un pedestal á estas mujeres perdidas, y se dice á nuestras esposas y á nuestras hijas: Mirad, son mejores que vosotras.»

Y á tan grave acusación que coge de lleno al teatro y á la novela de Alejandro Dumas, padre é hijo, ¿sabes cómo contesta este en el citado discurso? ¿Crees que busca atenuantes ó paliativos para su flaqueza? No, antes con una franqueza que le honraria si no fuese ya cinismo y desvergüenza, recoge el guante, generaliza la cuestión, declara que en mayor ó menor grado es esencial al espectáculo dramático cierta inmoralidad. Oye cómo despacha á sus escrupulosos acusadores. Nota que es Dumas quien habla; nota que habla ante la primera corporación literaria de Francia.

«No tuve, señores, el gusto de asistir á la sesión en que se pronunciaron las referidas palabras; estoy seguro, empero, de que fueron acogidas con unánimes aplausos. Las apologías de la moral son siempre y justamente aplaudidas por oyentes como los que nos rodean. Mas, puesto que en este mismo recinto donde en 28 de enero de 1838 os hablaba Mr. Lebrun, tengo hoy el honor de dirigiros yo la palabra, cosa que en aquel día nadie hubiera podido prever; puesto que habeis tenido la bondad, que algunos dirán mañana imprudencia, de abrir vuestras puertas á uno de los hombres cuyas obras han sido aquí mismo y son todavía en algunos lugares acusadas de inmoralidad; puesto que este hombre tiene hoy una ocasión solemne, única en la vida de un escritor, de defender sus ideas delante de vosotros, esto es, delante del tribunal mas ilustrado y competente del mundo: permitidle que responda á esta acusacion de inmoralidad literaria que pesa sobre él y sobre un gran número de sus colegas, empezando por hacerse cargo de esta famosa frase que nos acusa por todas partes: ¿por qué llamais á nuestras mujeres y á nuestras hijas á semejantes espectáculos?

«Desde luego, señores, nosotros á nadie convidamos á que venga á escuchar nuestros dramas; escribimoslos, los hacemos representar cuando le place al empresario, y viene quien viene. Desgraciadamente, á nadie se obliga. En cuanto á las mujeres, no tenemos, cierto, necesidad de invitarlas; viénense ellas y tienen razon, porque allí encuen-

tran más fácilmente quienes de ellas se ocupen. En cuanto á las hijas, varia la cuestion. Nunca las convidamos, no hay modo posible de avenencia entre nosotros y esas almas delicadas que solo deben recibir ejemplos y lecciones de la familia y de la religion. Lo mismo debemos prescindir nosotros de ellas, que ellas de los autores dramáticos.

«Ni la *inocente* Inés que se permite esconder en su cuarto á Horacio, solo por haberle visto desde su balcon; ni la astuta Rosina que corresponde á Lindor asi que le vió desde su ventana; ni la tierna Julieta que da una cita á Romeo, el enemigo de su familia, á la primera vez de encontrarle; ni la apasionada Desdémona que abandona la casa paterna por seguir al negro Oteló, son modelos dignos de presentarse á las jóvenes. Sin embargo, fuera gran desgracia no tener Ineses, ni Rosinas, ni Juliets, ni Desdémonas, solo porque haya padres que de todos modos quieran llevar sus hijas á los espectáculos. En una palabra, señores, y es hombre de teatro el que os habla: no conviene que llevemos á él nuestras hijas; ¿y sabeis por qué me expreso tan francamente? Porque respeto todo lo respetable. Respeto demasiado á las jóvenes para invitarlas á que escuchen todo lo que á mí me ocurra decir, y respeto demasiado mi arte para reducirlo á lo que ellas puedan escuchar.»

¿Qué más? El mismo Alejandro Dumas hijo acaba de decirle al público en el prólogo de una produccion suya las siguientes claridades:

«Querido público: Hace veinte años que tú y yo

nos conocemos, sin que en todo este tiempo hayamos tenido grave motivo de disension. Es verdad que algun envidioso procuró sembrarlo entre nosotros, gritándole que no asistieras á mi drama porque es *inmoral*. Tú y yo estamos acostumbrados á esta palabra desde el principio de nuestras relaciones, y esta vez como las demás acudes á ver de qué se trata, y aun repites la visita. No traes tu hija y haces bien, pues, digámoslo ahora para siempre, *nunca debiera llevarse una hija al teatro*. Inmoral lo es, no solamente la pieza dramática, sino el mismo local. En donde quiera se pone de manifiesto el hombre, hay en él cierta desnudez que no debe exponerse á todas las miradas, y el *teatro*, *aun el más bien educado, vive de tales exhibiciones*. Allí nosotros tenemos que decirnos cosas que las muchachas no deben oír. Acábase, pues, de una vez con la hipocresía de esta palabra; el teatro es inmoral, y sépase bien que siendo el teatro la pintura ó la sátira de las pasiones y de las costumbres, no puede dejar de ser inmoral siendo inmorales estas.»

Sobran los comentarios donde es tan claro y tan sobremanera explícito el texto del autor, y lo que añade en defensa de su falsa teoría estética no hace á nuestro objeto. A quien nos haga observar que Dumas se refiere tan solo á los extravíos del teatro, responderémosle que por desgracia constituyen tales extravíos el estado normal del teatro que, sabido es, vive por lo general más bien de Rosinas, Ineses, Desdémonas y Julietas, que de castas Su-

sanas y Teresas de Jesús. Un exámen minucioso de las colecciones dramáticas en todas las naciones y en todos los siglos daría apenas por resultado un tipo honesto por cada cien deshonestos ó poco delicados que intervienen en los respectivos argumentos. A quien nos objete que en último resultado solo para las jóvenes será inconveniente la asistencia á tales espectáculos, le diremos, que dado que fuese posible excluir á esta clase juvenil de una diversion que sin ella careceria de su principal atractivo, ¿no es verdad, amigo mio? dado que fuese posible trocar de un modo tan radical las condiciones de tal diversion pública, no pueden las esposas honradas, por muy esposas y muy honradas que sean, presenciar *por mera diversion* lo que ofende el pudor de las doncellas, ni pueden los hombres sérios y barbudos dar pábulo á sus vicios con lo que enciende el mal fuego en los corazones jóvenes y de toda edad. Más claro. En materia de diversiones no es lícito cristianamente á nadie lo que por lo menos Alejandro Dumas declara ilícito á la doncella honrada. ¿Medrados andaríamos al fin y al cabo si la moral católica no fuese en esto algunos puntitos más estrecha y ajustada que la moral racionalista é independiente del autor de la *Dama de las Camelias*? Leed, padres católicos, leed y meditad.

IV.

Sea como fuere, yo llevo allá muy á menudo
mi mujer y mis hijas, y sin embargo no creo
hacer mal.

Está bien, amigo mio, y cierto me gusta la fres-
cura: está bien, pero tened en cuenta las siguien-
tes reflexiones, y decidlos despues.

Oidme bien.

El interés dramático de la pieza que vais á pre-
sentar á los ojos de vuestros hijos é hijas estriba
casi siempre en una pasion. Os concederé que el ob-
jeto de esta pasion sea licito, que no es poco con-
ceder; os concederé que los medios con que se os
presenta su desarrollo en la escena son suficiente-
mente delicados; que ni una palabra se cruza allí
que no esté bien ajustada á los mandamientos de
la ley de Dios; que ningun lance ocurre que se
preste á extravíos de la imaginacion sobradamente
excitada. ¿Os parece todavia poco lo que os acabo
de conceder? ¿Hay en nuestros repertorios muchas
piezas que reúnan tales condiciones? Pues bien.
Aun en este caso, todavia así, creo funesta, funes-
tísima para el corazon la influencia del teatro.

Decidme sino; vos quereis á vuestros hijos é hi-
jas honrados y juiciosos, ¿no es verdad? Oid, pues.
Para conseguirlo les ofrecéis cada dia en la escena
tipos de pasiones exaltadas que harán les parezca
ridícula luego la sencillez de la vida normal y la

calma de un corazon no agitado por violentas tempestades. ¿Es ó no es verdad?

¿Deseais que sea vuestra familia sumisa á la autoridad paterna? Y vos la enseñais prácticamente á mirar esta autoridad como yugo enojoso, que la gente moza puede permitirse sacudir cuando convenga, sin escrúpulo ni aprension. ¿Es ó no es verdad?

Quisiérais que solo anduviesen en derredor de vuestros hijos personas sensatas y de maduro consejo. Y cada noche de teatro les dais por consejeros jóvenes calaveras, mozuelas alegres, viejos verdes que les familiarizan con todo linaje de desahogos y desenvolturas. ¿Es ó no es verdad?

Mas pasemos, si os place, á otro órden de consideraciones:

Estais ya en el teatro; se levanta el telon, y empieza el drama. Dos personajes en versos armoniosos, ó en música más armoniosa aun, es decir, con el lenguaje de todas las seducciones, decláranse uno á otro, y declaran ambos al público, el fuego de una pasion, como todas las de teatro, inmensa, volcánica, devoradora. Aquella pasion encuentra obstáculos que sirven de más y más avivarla, como son, ó la desigualdad social, ó los caprichos de la fortuna, ó las preocupaciones *tiránicas* de un padre, ó lazos santos que no pueden ya romperse, ó el honor, aunque no sea más que como el mundo lo pregona y enaltece. Los menores incidentes toman allí el carácter de aventuras romancescas que aumentan el interés dramático, y le dan un colorido

de sublimidad que embriaga el alma del espectador. La lucha de las pasiones, las agonías del amor contrariado ó no correspondido, el torcedor de los celos, la desesperacion de un sí pronunciado en mal hora á otro hombre ó á otra mujer, el horror de un voto que encadena un corazon infeliz á las rejas del santuario... todo, todo está magistralmente pintado; el poeta lo ha dorado y abrillantado todo con mágicos hechizos; el arte ha calculado todos los efectos y dispuesto todos los resortes para herir y conmover profundamente. ¿Es verdad ó no es verdad? Mas prosigamos.

Mirad en estos momentos á vuestra hija tan pura y tan inocente; mirad á vuestro hijo, á quien educáis con tanto esmero. Miradles con qué febril ansiedad siguen las peripecias mil de aquella seductora historia. Su corazon late apresuradamente; el fuego de la pasion ajena llega á colorear hasta sus propias mejillas; língido es aquel amor, y no obstante háceles asomar más de una vez las lágrimas á los ojos. Cada gemido de la victima, cada protesta del apasionado galan, vibran en su tierno pecho, hallan eco en él, y causanle ora amargos, ora deleitosos estremecimientos. ¿Qué piensa entonces vuestra hija? ¿Qué siente aquel hijo vuestro? Algo puede presumirse, dados los puntos de meditacion que les ofrecéis. Pero... sigamos estudiando sobre el natural. Como refleja el cielo en la superficie del mar, ora el limpio azul del firmamento, ora la melancólica claridad de la luna, ora los apiñados nubarrones y el color aplomado de la

tempestad, así se reflejan en su corazón las varias vicisitudes de la escena. Fingida es aquella historia, pero ¿quién no sabe que la ficción á cierta edad es más poderosa que las más poderosas realidades? Fingida es, pero ¿hay libro alguno, hay voz de tutor ó de maestro, hay autoridad paternal ó materna que tengan para un corazón de veinte años el ascendiente de aquellas halagüeñas ficciones? Fingida es, mas decidme, ¿cómo roba de tal suerte la atención de vuestra hija aquella historia fingida, sino porque segun las impresiones de aquella historia fingida van modelándose poco á poco los sentimientos de su propio corazón? ¿Es verdad ó no es verdad?

Y luego los que por su ministerio tienen el delicado encargo de sondear esos corazones, hallanlos ¡ay Dios! todavía en edad temprana, ruidos ya por precoces desengaños, desengaños que todavía no ha podido dar la experiencia, pero que la ilusión se anticipó ya á dar! Y hallan en el fondo de esas almas, gangrenadas por el abuso de la emoción y por el extravío del sentimiento, espantosos vacíos que los más santos afectos no pueden ya llenar; horrible hastío de la vida; vago malestar sin causa conocida; indefinibles inquietudes sin objeto determinado; tedio, cansancio moral, cruel escepticismo. Y en pos de estas crueles enfermedades del espíritu, verdadera epidemia de nuestra sociedad actual, siguen el alejamiento de Dios, el desprecio del prójimo, la caridad austera sustituida por un ridículo sentimentalismo de novela, el retraimien-

to de los deberes domésticos, el horror hoy tan común á los lazos severos del matrimonio, hasta caer frecuentemente tales victimas por una reaccion muy natural, desde las exageraciones del más romántico idealismo á los súcios albañales del positivismo más grosero. ¡No siempre acontece esto! me diréis. Pero ¡cuán á menudo acontece! os replicaré yo. ¡Y desgraciado quien tenga ya tan gastado el paladar que no lo sienta!

Ahora bien. Educad á vuestras hijas é hijos en la escuela del teatro, formad allí su corazón, modelad según él sus sentimientos, y preguntadnos luego cándidamente: «Pues, señor, ¿qué mal hay en que asistamos cada día ó cada semana al teatro? ¿Qué mal hay en llevar muy á menudo nuestros hijos y nuestras hijas allá? Al fin, bueno es que conozcan también un tantico el mundo, siquiera para preservarse de él.»

Mas esta última razon ó pretexto que alegan algunos padres bonachones en favor de los espectáculos dramáticos, requiere por sí sola artículo aparte.

V.

Pero ¡caramba! también conviene estar algo enterado de todo; si señor, hasta de lo malo, siquiera para evitarlo.

¡Hombre! ¡Magnífico pasaporte para justificar con él todas las libertades! ¡Cuántos padres y madres me halirán contestado así en sus adentros con-

forme iban leyendo estas páginas y de esta suerte habrán creído poder salirse tan cómodamente de los escrúpulos y remordimientos con que tal vez les iba alarmando ya la picara conciencia. «Al fin, bueno es que mis hijos sepan también algo de esas cosas, siquiera para que aprendan á conocer el mundo!»

¡Bien, padre feliz, madre dichosa! como Salomones discurris, y según vuestro parecer no hay quien conteste á tan profunda sentencia. Está bien. Pero vamos; examinemos vuestro raciocinio á la luz del buen sentido práctico que en otros asuntos os guía tan bien, y que no sé por qué en este no os ha de inspirar más acertado consejo.

¡Conviene saberlo todo! decís. Pregunto, pues: conforme á ese principio, andaréis probando los venenos de que quereis libraros, á fin de que á ciencia cierta os conste que son dañosos. ¿Lo hacéis así? No, por vida mía. Os bastará el parecer de un amigo que os diga ¡esto mata! para que lo mireis con horror, y ni siquiera lo consintais en vuestra presencia. ¿Por qué, pues, no os sirve igual lógica cuando ante una diversion corruptora os da igual grito vuestra mejor amiga la Religión?

Deseais laboriosos y activos á vuestros hijos. ¿Por qué no les dejáis ensayar, siquiera por algún tiempo, la vida del holgazan y del tahir, para que aprendan con esta experiencia á aborrecerla? — ¿Estais loco? me replicais. ¿Quereis que para sacar buenos á mis hijos empiece por familiarizarlos con el mal? — Pero, amigo mío, ¿no deciais que

es bueno conocerlo todo un poquitillo? ¿Es decir, que empezais á ver claro que hay cosas que vale más no saberlas que tomarles afición acostumbrándose á ellas?

¿Por qué no llevais vuestra familia á contemplar las desnudeces de un gabinete de historia natural, ó las asquerosidades de una sala de diseccion ó de un museo anatómico? — Pero, ¿y la inocencia, y el pudor? — ¡Ah! teneis razon: ¿con que sois delicado y delicadísimo para preservar la vista de esta sensualidad grosera de los sentidos, y no lo sois para preservar el alma de aquella otra sensualidad del corazon, sensualidad muy más refinada, sensualidad mil veces peor y más corruptora? ¿No es acaso más peligrosa que la inmundada anatomía del cuerpo, la artística pero no menos inmundada anatomía de ciertas pasiones que presentais cada noche á la imaginacion inexperta de vuestros hijos ó hijas en la mayor parte de nuestros dramas?

¿Saberlo todo! Y decidme, lo malo ¿no valdria más ignorarlo todo? Y ya que no sea posible ignorarlo todo, ¿no valdria más desconocerlo en parte? Y si esto es todavía difícil, ¿creéis que es escuela de sana experiencia contra el influjo del mal el estudio que de él se hace en el teatro?

Si hay que conocer el mal, cuando este conocimiento sea de todo punto inevitable, importa conocerlo como es en sí, no como se complace en pintarlo la imaginacion exaltada de músicos y poetas, á quienes Dios perdone. Conózcase, si es preciso, el vicio; ¡feliz quien lo ignore! pero no el vi-

cio á través del prisma seductor con que lo ofrece la ilusion teatral, sino el vicio asqueroso, antipático al corazon honrado, antisocial, gérmen de desventuras para el cuerpo y para el alma: no el vicio dorado, rosado, halagüeño, interesante, simpático, ó, por lo menos, disculpable y disculpado, sino el vicio objeto de horror, acompañado del anatema de la religion y de las leyes, velado siempre con todas las reservas del pudor cristiano. Como los mónstruos feroces que se exponen siempre al través de rejas y rodeados de cadenas, así se ha de mostrar el mal: no ; por Dios! entre sonrisas y tiernas emociones, rodeado del aplauso de una sociedad envilecida por sus condescendencias, con toda su incitante desnudez, siempre ¡ay! demasiado poderosa para seducirnos, dada la tendencia que nos arrastra constantemente al mal.

¡Saberlo todo! ¡aprenderlo todo! ¿Y de quién presumis podréis sacar provechosamente tal enseñanza? ¡Rebusais quizá por austera la del púlpito cristiano, y acudis á recogerla de los labios de una actriz corrompida, á quien ninguno de vosotros quisiera por madre, por hermana ó por esposa, aun los que la solicitais por amiga! Y si una vez, *rara avis*, el poeta pone en los labios de tan poco edificante predicador una moraleja de buena intencion, no cesais de encomiar entonces lo que llamais la moralizadora influencia del teatro, sin tener en cuenta que está completamente desautorizado para el bien aquel labio del cual sale casi continuamente la procaz desenvoltura, cuando no la franca apoteosis del mal!

¡Saberlo todo! ¡aprenderlo todo! Y hay madres ¡pobres madres! ¡locas madres! que al confiar su hija al encargado de preparar su primera Comunión ó de dirigir su conciencia, no saben hacerlo sin mil reparos y salvedades! ¡Por Dios! que ni una palabra se diga que pueda ofender el candor de aquella delicada sensitiva, que sean muy discretas las preguntas y muy velada la plática doctrinal; y á la noche siguiente llevan su tierna sensitiva al teatro, en donde la seducción, el rapto, la infidelidad conyugal, los apasionados amores se le ofrecen á la infeliz, incitantes, hechiceros... pero al fin ¡es el teatro! Y ¿quién va á pensar mal en el teatro? La iglesia, el púlpito, el confesonario, pueden ofrecer quizá sus peligros, pero... ¡el teatro! ¡Pobres madres! ¡Locas madres!

¡Saberlo todo! ¡aprenderlo todo! Y ¿á qué,—exclama el sapientísimo autor de *La Imitacion de Cristo*, que no debió estar muy al cabo de los perfiles de nuestra ilustracion,—á qué pretender saber lo que no es licito desear, ó querer desear lo que no es licito poseer? ¡A qué sacar de su feliz ignorancia y de sus sueños de inocencia á un corazon que quizá no conoceria en toda su vida el mal más que por su contrario la virtud! ¡A qué hacerle familiares y usuales, excesos que ojalá todos llegaríamos á figurarnos como irrealizables ó imposibles! Si aborrecemos la prostitucion de los cuerpos, ¿á qué empezar por considerar licita y hasta provechosa esta prostitucion de las almas? ¿Será que ya no nos espanta la corrupcion como no la veamos

traspasar ciertos límites de conciencia social y de decoro público meramente humanos, dejando que sea un lupanar de feas representaciones y de súcios deseos nuestro corazón, con tal que no nos salga á la cara la vergüenza de nuestra ignominia? ¿Es esto la ley de Dios? ¿O quizá os la habeis formado tan ancha, tan varia, tan condescendiente como lo que se llama *honor* en el mundo, honor convencional, que es frecuentemente la máscara de las más feas deshonras?

VI.

Teneis razon bajo vuestro punto de vista intransigente y clerical. Mas no suelen juzgarse con tan rígido criterio tales cuestiones.

—Pues peor, amigo mio, para quien con otro criterio las juzgue. No vale aqui declamar contra las intransigencias clericales. Lo que procede averiguar es si en este asunto ve mejor y más claro el anteojo clerical desde las alturas del Evangelio, ó el anteojo del siglo guiado únicamente por la acomodaticia y varia apreciación de las humanas pasiones. Lo que hemos afirmado, lo hemos afirmado, si, como clericales (que lo somos, y á nueva honra): lo que debeis vos ahora probarnos es que el clericalismo (vulgo Catolicismo) no tiene razon. Mucho os costará.

—Pero, ¿pretendeis oponeros á esa corriente universal que considera los espectáculos dramáticos

como diversion, no solo inofensiva, sino hasta culta y moralizadora? ¿Es posible?...

— Vaya, ¿y por qué no? Contra las falsas máximas admitidas, corrientes y autorizadas hemos de predicar los amigos de la verdad; que contra las no admitidas ó desautorizadas no hay, cierto, para qué. ¿Quereis que me despepite tronando contra los combates de gladiadores del paganismo, ó contra los torneos de la edad media? Las preocupaciones vivientes hay que combatir; las que pasaron no hay sino dejarlas allá sepultadas. Paz á los muertos. Guerra á los vivos.

— Poco os agradecerá el arte vuestras declamaciones... ¿A dónde fuéramos á parar si prevaleciesen tales ideas?

— ¡El arte! ¡el arte! ¿Y quién daña más al arte que los que le convierten en ariete contra la moral y contra Dios? El arte, como la ciencia y como todas las cosas buenas, lo son en cuanto no se oponen á la ley divina! Si se oponen, cuanto mayor es su nativa excelencia, tanto será mayor su perversidad y funesto influjo. *Corruptio optimi pessima*. Dénnos artistas cristianos, verdaderamente cristianos, que no profanen el alto don que del cielo recibieron convirtiendo á la belleza artística en hilo conductor de la deshonestidad; dénnos poetas que eleven el corazón, no que lo degraden; castas musas, no descaradas bacantes. Donde el arte esté, como en nuestros días, al servicio de la corrupción, solo servirá de que sean más espantosos los resultados de ésta; como un cuchillo asesina mejor, cuanto fué más

diestro el artífice que templó y afiló su hoja. ¡Malhadadas facultades artísticas las que únicamente se emplean en que salga más afilado y dé más profunda herida el puñal que ha de asesinar el alma de nuestros hermanos!

—¿Consideraréis, pues, como vedada á un buen católico la asistencia á nuestros espectáculos?

—¿Cómo no? Si el espectáculo dramático ha sido en todos tiempos peligroso y ocasionado á fáciles extravíos, ¿qué diremos de él hoy que se le ha sistemáticamente corrompido? No creo trateis de disculpar los inmundos Bufos, en los cuales cada chiste es un ultraje al pudor; ni el grosero can-can, una de las más preciadas conquistas revolucionarias que vive y pelea aun hoy entre nosotros como en sus mejores y más lozanos días. Hasta en el drama sério, en la misma ópera heroica, se ha entronizado de tal suerte la revolucion, que no parece sino haber escogido tales piezas como el medio mejor para su infame propaganda. Vese en ellos á cada paso falsificada la historia en desdoro de lo que más debe amar el buen católico; puesta en ridiculo la vida religiosa; presentado como tipo feroz el fraile, tan amigo y tan amado en todos los siglos de nuestro pueblo; infamada la augusta memoria de nuestros reyes y preladados. Y no es solo en teatros de arrabal donde se ha hecho de ley ese sistemático ultraje á nuestra fe. Encopetados coliseos se hacen culpables cada dia de esta sacrilega profanación, á la cual asiste y sostiene un pueblo que se llama católico. ¿Y podrá creerse lícito este apoyo

moral y material que se da á tales medios de pública perversión? ¿Podrá creerse permitido apacentar el espíritu en tan corruptores pasatiempos, cuando un solo libro malo que se compre y que se lea nos hace reos de grave cooperación al mal y de grave daño contra nuestras almas? Responda aquí el buen sentido de cada cual. La Iglesia me prohíbe con graves penas espirituales la lectura de una página envenenada, ¿y yo he de creer que puedo sin grave falta abrir ante mis ojos y los de mi esposa, y los de mis hijos é hijas, una serie de páginas vivientes y animadas que están destilando sobre sus corazones, no gota á gota, sino á chorros, el veneno de indignas deshonestidades (por más que estén muy artísticamente tratadas), y el virus satánico de mil insidiosas calumnias contra mi Religión? Y particularizando más el caso, ¿habrá de ser gravemente prohibida la fría lectura de la *Dama de las camelias*, de Dumas, y sería libremente permitida aquella ardiente y apasionada idealización que del mismo argumento nos ha dado Verdi en su malhadada *Traviata*? Y ¿quién que medianamente conozca el teatro contemporáneo no está en disposición de citar como este los casos á docenas? No, amigo mío; no tengo reparo en asegurarlo con la garantía de los más sanos principios de moral cristiana: no, no puede ser habitual concurrente al teatro el católico que desee serlo de veras.

— ¿Quereis con vuestras ideas convertir al mundo en un vasto monasterio?

— No, solo quisiera no verlo convertido en vasto

chareo de deshonestidades. Vuestra observacion, amigo mio, no tiene la gracia de la novedad. A cada paso nos la echan en cara nuestros enemigos, haciéndonos con ella el *bú*, ó pretendiendo á lo menos hacérselo. ¿Y creéis vos que perderian mucho la civilizacion, y la cultura, y el órden, y la moralidad, y hasta la paz y la riqueza pública, en que el mundo se pareciese algo más de lo que se parece hoy á un vasto monasterio? Pero no, no se trata de eso; no se trata de que seais monjes vos, ni vuestros alegres amigos, ni vuestra esposa, ni vuestras hijas. Nada aqui de campana, coro, cogulla ni demás *horribles* accesorios monacales. Trátase solo de que vos y los vuestros seais buenos cristianos, simplemente buenos cristianos, y nada más, lo únicamente preciso para poder hallar entreabierta á vuestra última hora la puerta del cielo. No se trata de que os eleveis á subidas alturas de perfeccion, sino sencillamente de que observeis los diez Mandamientos. En fin, se trata únicamente de que hagais lo mismo á que estais en conciencia obligado, si queréis ser lo que pretendéis, hijo de la Iglesia, que no ha renegado todavia de su fe y de su Bautismo.

Una palabra, y voy á concluir. Alguna vez ha sucedido sobrevenirle á uno de los concurrentes al teatro un grave accidente, y tener que administrársele alli, sobre el terreno, los santos Sacramentos. Y el sacerdote, con el santo Viático en sus manos, ha se presentado en aquella casa de placeres para recoger allí una alma, que es deber suyo recoger

en cualquier parte donde se encuentre. Decidme, ¿qué efecto os ha causado la presencia de la augusta Eucaristía en tales lugares? ¿Os pareció natural, ó disonante? ¿Encontrásteis que aquel acto religioso se aviniese muy bien con lo que allí le rodeaba? Y si el infeliz atacado murió allí, ¿no os horrorizó la idea de pasar al tribunal de Dios desde sitio tan poco á propósito para una buena muerte? Decidme lo que sentisteis en tales ocasiones, y la verdad de lo que debemos pensar del teatro la encontraremos en el testimonio franco y espontáneo de vuestro propio corazon, que os gritó aterrado: «¡Ah! ¡libreme Dios de encontrarme en tal lance en tales sitios! ¡Libreme Dios de morir así!» Bien falló vuestro corazon.

Y basta de esta materia, sobre la cual, más que artículos, pudieran escribirse libros enteros.

VII.

Supongo no miraréis con más buenos ojos los bailes...

¿Los bailes? ¡Válgame Dios! ¡y cuánto me alegro haber hallado tan buena ocasion para despa-
charme contra ellos á mi gusto! Hablemos, pues, de los bailes, que cierto les corresponde este lugar en la presente obrita, porque despues del teatro son la más usada diversion... y la más fanesta.

¿Qué es bailar? ¡Donosa pregunta! me dirán al-

gunos. Pues, donosa como es, yo no sé que nadie la haya hecho jamás á nadie, ni nadie tal vez se la haya hecho jamás á sí propio; y digo esto, porque si los aficionados á bailoteo se diesen á discurrir un poco sobre este punto, tengo para mí que, ó nadie bailara, ó se tuviera al menos el baile por cosa vergonzosa, para la cual hay que recatarse de los ojos del público como para tantas otras cosas. Y no se hiciera de esto ostentación y fiesta; no llevara allá á la esposa empavesada como nave real el complaciente esposo; ni fuéran allá las niñas solas ó acompañadas; ni se tomara como cosa de inocente expansion lo que ofrece para la inocencia tan graves peligros.

Descartemos, por de pronto, de esta nuestra investigación sobre los bailes, lo que pudieran llamarse bailes bíblicos y patriarcales. Que el santo rey David bailase ante el Arca, ó que los niños *scribes* bailen y toquen las castañetas en Sevilla ante el Sacramento expuesto en la Catedral, cosa es que nada tiene que ver con los bailes y bailarines de que aquí tratamos. Ni tampoco nos referirémos á los bailes con que ciertas comarcas celebran aun por uso tradicional sus públicas solemnidades. Tales danzas, pura expresión de regocijo sin mezcla de liviandad, las autoriza la Religión, las preside muchas veces, y las bendice. ¡Quisiera Dios que la pureza de costumbres reinase en todas partes de tal modo que en todas fuese posible el consorcio de la Religión con tan inocentes desahogos! ¡Ojalá ardiera todavía en el corazón de todos los españoles

el purísimo afecto de devoción que inspiró al fundador de los *seises* de Sevilla su antiquísima danza sacramental!

Pero no; eso no es bailar, harto lo sabe la gente del trueno; hablemos, pues, de los bailes cual se usan entre nosotros, bien sea de los llamados bailes de etiqueta, ó de los de sociedad, ó de los de arabal en que se entra á media peseta por barba. En este sentido volvemos á repetir nuestra primera pregunta. ¿Qué es bailar?

En vasto salon, ó aristocrática ó democráticamente decorado, se reúnen una tarde ó una noche gran número de hombres y mujeres; la diversidad de sexos es condición esencial; tales hombres y mujeres por lo regular son jóvenes, y por lo regular poco escrupulosos, particularmente ellos. En cuanto á ellas, fuera cosa mal vista demasiada libertad; sin embargo, el encogimiento y reserva (vulgo modestia) tampoco son cosa regular ni de buen gusto en tales ocasiones.

Y ¿á qué se reúne tanta gente honrada en dicho local? ¿Qué va á ser de dichos muchachos y doncellas allí reunidos? ¿Qué va á pasar allí? ¿De qué se trata?

No os alarmeis, por vida vuestra, que la rosa no lleva malicia. No se han reunido para hablar á solas, ni para decirse al oído atrevidas intimidades: ¿qué madre permitiría á su hija tales libertades con el muchacho más honrado y de mayor confianza? ¿ó qué joven decente se atrevería á pedir las en cualquier casa honrada? Ni se han reunido pa-

ra acercarse uno á otro en ademan de fraternal abrazo; ni para estrecharse con convulsivo frenesi el talle y las manos; nada de eso... ¡se han reunido únicamente para bailar!

— Bien, ¿pero qué es bailar?

— ¡Ah! ¡caramba! me olvidaba de vuestra pertinaz pregunta. A bien que ahora empieza el baile; miradlo con vuestros propios ojos, y daos á vos mismo la respuesta, y hacedos el comentario.

Y en efecto; rompe la música, y un repentino furor diríase que se apodera de aquellas parejas. Noten Vds. que *pareja* significa un hombre y una mujer. Esta una niña tal vez inocente ó una grave casada; aquél un jóven por lo comun divertido, corrómpido frecuentemente, porque claro está, ¡al baile nadie va á hacer penitencia! Y al compás de aquella música que habla al corazon y á los sentidos y que ora incita ardientemente la pasion, ora adormece blandamente el alma en mil embriagadoras ilusiones, cada pareja, es decir, cada hombre y cada mujer, háblanse íntimamente, déjanse deslizar al oído uno de otro apasionadas frases, estréchanse las manos y el talle en convulsivo ademan, abrázanse, por decirlo así; y así hablándose, y así estrechando las distancias, y así abrazados, ruedan en agitado é impetuoso torbellino por el espacioso salon, no sé si en alas de la música del wals ó del schotisch, ó si mejor en el vértigo del más loco y desenfrenado sensualismo.

— Con que ¿se han reunido allí para lo que precisamente me decíais no iba á suceder?

— ¡Cá! amigo mio, se han reunido para bailar y

nada más. Eso es bailar, sí; y pasar además en tan vergonzosa embriaguez largas horas de la noche, quizá hasta apuntar el alba; y vestirse para eso con cuantos atavíos pudo sugerir la imaginación y la poco escrupulosa conciencia de la modista; ó quizá, como sucede en los bailes de más *secera* etiqueta, presentarse allí la mujer medio vestida, por no decir cínicamente desnuda; y adornar las paredes del salón con todos los emblemas de la volupuosidad pagana y todas las desnudeces del amor libre; ó impregnar de perfumes y armonías aquella atmósfera para que ni un átomo del cuerpo carezca de especial estímulo, ni una fibra de él deje de entrar en excitación... ¡Gran Dios! ¿habré yo quizá ofendido algún corazón delicado con la exactitud de tan fea pintura? Pero... si lo pintado con los colores de la execración ofende los oídos delicados y santamente susceptibles, ¿qué será la verdad práctica en toda su grosera realidad? ¿Será inocente, será cristiano lo que sin riesgo no podría tal vez, si no le acompañase el correctivo, penerse escrito ante los ojos de mis lectores por no alarmar su modestia y su pudor? ¿Cabe condenación más explícita de lo que el mundo tan fácilmente, no solo absuelve, sino justifica?

Perdónenme mis lectores, pero se me hizo la pregunta, y debí responder á ella. ¡Eso es bailar! Y bailar no en *Mabille*, no en el *can-can*, sino en bailes de pulcra, honesta y remilgada sociedad. Eso es bailar, como baila todo el mundo. Eso es del baile lo normal, lo corriente, lo razonable, lo regular.

VIII.

¡Exageracion! ¡exageracion! No es tan fiero el leon como lo pintan...

¡Ah, sí! teneis razon; ¡exageracion! ¡exageracion! oigo me gritan á ambos lados una porcion de madres cándidas y de padres bonachones. ¡No es el haile lo que con tan abominables colores nos habeis pintado! Gózase allí, y mucho; pero es en la proporcion ritmica de los movimientos con la música, lo cual constituye un puro placer estético; es en el susurro de alabanzas que levanta en torno de sí la hermosura realzada por la elegancia y el buen tono, lo que no pasa de falta muy perdonable en la edad juvenil. Es aquello, si tan escrupuloso quereis ser, para ellas un triunfo de vanidad, para ellos un alarde de galanteria, y nada más, nada más, nada más. Las tintas fuertes que ha puesto en el cuadro vuestro sombrío pincel no son las de la realidad. Harto se conoce en ellas la mano de quien no bailó en su vida. ¿Qué sabe de eso el clérigo malhumorado?

—¿Qué sabe, amigos míos y amigas mías? Sabe lo que ellos y ellas le han enseñado con sus propios extravíos! más, lo que le enseña á todas horas el estudio de los libros y del corazon humano, que tiene frecuentes ocasiones de sondear. Ni se necesita ¡gracias á Dios! haber bailado para saber lo que es

el baile, como no se necesita haberse envenenado alguna vez para comprender perfectamente lo que son venenos.

¿Con que es el puro placer estético ó á lo más simplemente una discentpable satisfaccion de vanidad ó galantería juvenil el que os hace agradable el baile, amigos míos y amigas mías? Me sorprende; pero vamos, admito el supuesto, si señor, y hasta parto de él para, si quereis, colocarme todavía más á vuestro lado. Si, es verdad; lo que en el baile os hice notar, no lleva malicia, es todo inocencia, pura estética, idealismo puro. Nada tiene que ver allí el maldito sensualismo, ni la grosera capa de barro que nos cubre entra para nada en la percepción de aquel sabroso placer. ¿Estáis contentos? Pero esenchadme.

Observo que muchas, muchísimas cosas de las que en el baile reputais inocentes é inofensivas, las proscibis en otras ocasiones como feas, indecorosas y hasta escandalosas. Tengo derecho en pago de mis antedichas concesiones á que me deis una explicación franca y leal de esta diferencia, y á que me la deis, no solo franca y leal, sino lógica y razonable. Y porque tengo derecho á que me la deis, la exijo.

Vamos á ver. En el baile separase del lado de su madre á una joven inexperta tal vez y candorosa, ó demasiado lista tal vez y desenvuelta. El galán que la sacó de su asiento y de su rígida (?) compañía, va con ella alejándose, alejándose del ojo maternal, que llega á perderla de vista en el revuelto

torbellino de danzantes que bullen en el salón. Esto será todo lo inocente é inofensivo que se quiera; pero hacedlo en el paseo; separad, jóvenes alegres, á las niñas del lado de sus madres; idos con ellas lejos de la tutela maternal; perdeos con ellas un rato en la revuelta confusion de los paseantes. — ¡Escándalo! ¡Horror! ¡Qué diría el mundo! ¡Qué concepto formaría de tal madre y de tal niña la sociedad! — Bien está; pero observad, amigo mio, que tal accion, ó es indecorosa y arriesgada siempre, ó no lo es nunca; ó lo es en el salón como en la rambla, ó no lo es en la rambla ni en el salón... ¿En qué quedamos?

Os miro en animados coloquios al compás de vuestra danza; sois marido y mujer, pero tú, marido, no eres marido de esta mujer, ni tú, ó mujer, eres mujer de este marido. La moda no quiere que en sociedad bailen emparejados los respectivos consortes, antes exige cierta separacion, cierto no sé qué de desenvuelta independencía. La moda no es boba ni mística, y sabe harto lo que hace. Así que yo os pregunto ahora: ¿Tales intimidades, en otra ocasion que no fuese la del baile, darian ó no darian pábulo á la murmuracion de los ociosos? ¿Qué pensaría el mundo, no solo el mundo austero é intransigente, sino hasta el mundo alegre y contemporizador, de tales familiaridades de una mujer con otro que no fuese su marido, ó de un marido con otra que no fuese su mujer? — ¡Toma! Juzgaríalás por cierto muy severamente. -- ¿Son, pues, en otro sitio que no sea esté, cosa inmoral y

¿todas luces censurable? ¿Quién les dió, pues, aquí tan fácil salvoconducto? ¿Cómo lo inmoral se ha hecho aquí decente, lo grosero se convirtió en delicado, lo indecoroso en fino y de buen tono? Esta duda espero me resolvais.

Rodearle con vuestras manos toscas ó almibaradas el talle á una muchacha casada ó sin casar, confundir con el suyo vuestro aliento, rozar con las sueltas guedejas de su frente vuestro áspero bigote, no sé yo que sean modales ó cumplimientos que permita en sus reuniones la menos escrupulosa sociedad. Quien á tanto se atreviera con señora ó señorita, sería despedido sin demora de la tertulia familiar por el padre ó por el esposo. Y si este se picase de valenton y espadachin, no terminaría el drama sin su poco de desafío. Observo todo esto en el salón de baile, y ¡oh prodigio! ni enrojece la indignación los rostros varoniles, ni asoma el rubor á las mejillas femeninas, ni hay ojos que centelleen de ira, ni labios que pidan presurosos satisfacción del ultraje, ni manos que acudan convulsivas á la espada ó al revólver para obtenerla. ¿Qué pasó? ¡Sacadme del mar de mis confusiones, por vida vuestra! ¿Cuál es aquí la regla de lo lícito y de lo ilícito, de lo decente y de lo inmoral? ¿Por qué andan tan trocados los nombres de las cosas, que aquello mismo que en familia es detestable, hácese honroso en el baile? «¡Ya se ve! exclamaré con un desenfadado escritor de costumbres de nuestros tiempos, y cierto ni clérigo ni místico; en estos tiempos en que tanto se inventa,

los hombres han inventado una máquina para hacer pacientes á los maridos, confiados á los padres, prudentes á los hermanos; una máquina para hacer que los hombres y las mujeres se entiendan, sin que se ofenda ni enfade esa vieja gruñona llamada moralidad (nosotros diríamos conciencia); una máquina para encubrir flaquezas y tejer enredos, para convertir el mundo en una balsa de aceite, para establecer la igualdad entre los hombres, y entre los sexos la comunidad de personas, y para introducir una paz octaviana entre los mortales. Esta máquina se llama baile. Bienaventurado su inventor.» Así habló un día Alcalá Galiano desde las columnas de *La Epoca*, de *La Epoca*, tan poco escrupulosa, como sabe todo el mundo. Y el profundo Selgas ¿acaso no ha llamado al vals en su particular y característico estilo «un viaje rapidísimo al rededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad?» Y otro autor también seglar y también periodista y también contemporáneo ha dicho en frase severísima: «El candor é inexperiencia de la juventud milagrosamente pueden salir ilesos de las contingencias de un baile. Bailando se empieza por adquirir desenvoltura, y se acaba por perder el pudor. El baile consigue que los movimientos del corazón sean tan volubles y maquinales como los de los piés, ó comunica á los sentimientos de la juventud el desórden y natural descoco de la danza. La gimnasia física del baile fatiga al cuerpo; la gimnasia moral sofoca el alma.»

Con que, ya lo veis, amigos míos; ni son clérigos, ni santos Padres, ni teólogos, ni moralistas los que acaban de hacer uso de la palabra. Son del siglo como vosotros, y entienden de las cosas del siglo como vosotros, solo que tienen más que vosotros el valor de llamar á cada cosa por su nombre. Quedaos, pues, con vuestra estética y con vuestra galanteria: el diccionario de la moral católica los llama corrupcion. Vosotros mismos fuera del baile condenais lo que permitis y abonais en el baile. ¿Quién, repito, hace licito en él lo que sacra de él es imperdonable? ¿Acaso las seducciones de la música? No, esto lo hace más voluptuoso. ¿Acaso la libertad de los trajes? No, esto lo hace más cínicamente provocativo. ¿Acaso la desnudez de las pinturas? No, esto lo hace sencillamente impúdico. ¿Por ventura la mujer deja de ser allí mujer, el hombre deja de ser allí hombre, las pasiones dejan de ser allí pasiones? No, cien veces y mil veces no. Antes allí la mujer es más frágil que nunca, el hombre más groseramente bestial, la pasion más fiera y desencadenada.

Repetid tras esto ¡ó cándidos ó hipócritas! ¿qué peligros hay en bailar? ¿por qué ha de hablarse tanto contra los bailes en el púlpito cristiano? ¿por qué ha de mostrarse tan severo con ellos el confesor?

IX.

¡Si en la realidad no pasa eso!... Juzguis de esas cosas por la impresion que en vos causan, y nada más. De esta suerte se conciben vuestros negros colores.

No, amigo mio, no; lo que sobre los bailes he dicho, no son sutilezas y cavilosasidades que con más ó ménos agudeza de ingenio haya sacado del simple estudio del corazon humano y de las circunstancias esenciales y accidentales de esta diversion. No, lo que con tan tristes colores he pintado, no solo debe suceder, segun cálculos más ó ménos aproximados, sino que de hecho sucede; y los que por su ministerio, ó aun por mero espíritu de observacion, se hallan en contacto con la parte más delicada de las humanas flaquezas, saben bien á qué atenerse sobre el particular. Apenas hay párroco de ciudad ó de aldea que no lamente como la peor entre las causas más eficaces de desmoralizacion para sus feligreses la sala de baile.

Es en efecto desconsolador lo que en este punto acontece, sobre todo en el sexo por desgracia más débil y más ocasionado á tales seducciones. Para el hombre ha inventado Satanás, en su afan por hacer suya la juventud, multitud de fazos y ocasiones de corrupcion. Periódicos impíos, dramas obscenos, clubs rabiosos, las emociones del juego, la taberna procaz y desvergonzada, el casino ó el

café, que no son más que la taberna con camisa limpia. Lugar apropiado para la corrupcion sistémica de la mujer no lo habia, gracias á Dios. Para la niña no habia medio entre el recogimiento del hogar doméstico y una vida públicamente perdida. Y á la verdad, entre tales extremos la mujer en su generalidad hubiera optado siempre por el primero. Faltaba, pues, un medio de corrupcion *decente*, si se nos permite la aplicacion de este adjetivo á aquel sustantivo; un medio de corrupcion que borrara del rostro la modestia, del corazon el pudor, de la mirada el recato, de todo el conjunto femenino las preciosísimas cualidades que son el mejor adorno de la doncella cristiana; pero que hiciese esto sin mancillar el buen nombre de la seducida, sin turbar su conciencia con desgarradores remordimientos, sin avergonzar á la honesta madre, antes llenándola de complacencia y maternal orgullo. Difícil parecia acertar con una invencion que reuniese tan opuestas y al parecer contradictorias contradicciones. Sin embargo, acertóse con ella, y fué la *sala de baile*.

A nadie que haya presenciado lo que es, así en ciudades populosas como en villas y pueblos de escaso vecindario, la sala de baile, se le ocultará lo fecundos que son en ocasiones de perversion tales establecimientos. El domingo es esperado con ansiedad por jóvenes y muchachas, no para entregarse en él á los deberes de la religion, ó á los consuelos de la vida de familia, ó al descanso corporal. No. La sirvienta que tiene salida, la pobre jor-

nalera, el dependiente ú oficial aguardan ansiosos el domingo únicamente... para bailar. Media semana gasta el corazon soñando las emociones del baile futuro, otra media digiriendo las del último baile pasado. De suerte que el lunes, que debiera ser día en que, restauradas las fuerzas con el descanso de la fiesta, se sintiese el alma también como rejuvenecida y restaurada; el lunes es día triste para estas pobres criaturas, cuyas fuerzas físicas, cuya imaginación, cuyos sentimientos, cuya inocencia, cuya paz interior han recibido el domingo por la tarde la más récia sacudida. Da lástima é indignación á la vez verlas allí entregadas, no á los placeres, sino á los furores de la danza más desatentada y vertiginosa, en medio de aquella atmósfera de concupiscencias que la juventud de estas clases poco remilgadas y escrupulosas se permite desahogar libremente en conversaciones, chistes y ademanes. Espanta considerar la impresión funesta que ha de causar en el corazon de estas hijas del pueblo, acostumbradas á la pobreza y desnudez de sus humildes viviendas y al aire fétido de sus mugrientos talleres, el dorado salón, la iluminación radiante, la música sensual y voluptuosa, el halago pérfido de tantos elementos corrompidos y corruptores, á una conjurados contra la paz y la inocencia de su alma. Miradlas salir de aquel antro de liviandades, recibiendo de sus galanes la última lisonja, ó tal vez la última provocación; miradlas, palpitantes, rojas, más aun de agitación moral que de cansancio del cuerpo; em-

briagadas con el abrasador aliento de tantos incentivos; calenturientas con la fiebre devoradora de mil pasiones, sensualismo, vanidad, celos, que allí se han desatado como violento huracan. ¿Qué mucho que á tan extraordinarios sacudimientos ceda poco á poco todo el edificio de la educacion tan trabajosamente levantado, ceda la piedad, cedan los sentimientos de modestia y de pudor cristiano, ceda el amor á los padres, ceda el amor al trabajo, no quedando á la postre, en medio de tantas ruinas, más que un corazon devorado por insensatas ilusiones, ó yermo y desolado por el desencanto y el hastío de la vida, y por el horror á los severos lazos y dolorosos sacrificios del estado conyugal? Porque ¿de dónde pensais salen las madres frívolas y despreocupadas, sino de las niñas desenvueltas y libertinas? ¿De dónde las esposas indiferentes para con sus maridos, sino de las muchachas á quienes han balanceado en sus brazos todos los calaveras de la vecindad?

Y una observacion harémos aqui, aunque no sea más que de pasada. La disculpa de muchas jóvenes y de casi todas las madres para justificar la asistencia á tales lugares es, dicen, la necesidad de hacerse con un marido. Poco favor se hacen á sí propias y á sus futuros las que así se expresan. De esta suerte vienen á convertir la sala de bailes en mercado ó exposicion permanente de géneros que sin este recurso se sospecha no tendrian pronta ó ventajosa salida, y se hace á los pretendientes la injuria de suponerlos tan poco cautos, que, para

decidir negocio de tanta monta como el del matrimonio, lo fian todo á las impresiones fugitivas y superficiales de tan engañoso aparador.

¡Huid, huid de la sala de baile, pobres hijas del pueblo, como huiriais de la boca de una cueva en que viéscis asomar fascinadora serpiente! No os dejéis seducir por aquella música halagadora; tras aquellas suaves armonías que tan hondamente os conmueven y tan dulcemente os arrullan, oiréis resonar en el fondo de vuestra alma el grito desgarrador del remordimiento por la inocencia perdida, ó cuando menos ajada y tempranamente marchita. Tras aquel vértigo de emociones experimentaréis el doloroso vacío del corazón; ¿no es ese el resultado que os han dejado casi siempre los goces más embriagadores? Mil veces lo habeis dicho: ¡nada más triste que la mañana que sucede á una agitada noche de baile! ¡Ah! es verdad, es la tristeza de la ilusión desvanecida, de la paz robada; es la postración moral que deja siempre tras sí el desórden de los placeres; es la voz de la conciencia que protesta implacable contra vuestros extravíos. ¡Y quiera Dios se deje oír incesantemente esta salvadora voz, por más que parezca importuna! libreaos Dios del estado infeliz del alma que, embotada ya toda sensibilidad moral, gastado el paladar, por decirlo así, á fuerza de violentas sensaciones, bebe como agua lo más corrosivo de la iniquidad, y en vez de la alarma justa que experimentan los corazones santamente susceptibles, sabe tan solo exclamar: «Pues bien, ¿y qué mal

hay en eso? ;A mi nada de eso me impresiona del modo que pintáis! » ;Alma infeliz! Estás ya juzgada: tampoco experimenta el miembro encallecido sensación alguna; tampoco siente el cuerpo paralizado el ardiente revulsivo que debiera abrasarle; tampoco impresiona la luz la pupila que cubren densas cataratas. La insensibilidad en el cuerpo no es ventaja de él, sino sintoma precursor de descomposición y muerte. El endurecimiento y ceguera en el alma son el peor de los castigos de Dios.

X.

Pues yo veo en el baile á personas muy de iglesia y muy de Sacramentos que no piensan hacer con ello ningún mal. Como que, es claro, lo cortés no quita lo valiente, ni lo católico impide lo galán.

¡Buena tecla hemos tocado, amigo mío! cierto no me pesa, porque precisamente sobre eso tengo muchas cosas que decirles al oído á esas apreciables personas tan católicas y tan piadosas, y tan... tan... qué se yo. Porque, lo más chocante en la materia que estamos tratando tú y yo, amigo lector, hace algún tiempo, no es la indiferencia con que la mira el común de los mortales, porque hartos sabido es que nunca la masa común de los mortales pecó de escrupulosa y nimia en cosas de moral. Así que nunca extrañarémos que la mayor parte de los jóvenes y de las doncellas, y aun de los que no pertenecen á estas clases, sea muy toleran-

te y muy complaciente con la inmoralidad de los bailes modernos. Lo que sí á primera vista, y aun á segunda, sorprende, es que muchos católicos que lo son al parecer de veras ó desean al menos ó piensan serlo, sigan en esto la misma conducta que los públicamente notados por de costumbres nada cristianas. Lo raro y admirable es este extraño consorcio que entre las profanidades del mundo y las prácticas de la religion se esfuerzan en establecer ciertas gentes, á quienes por otra parte no puede tacharse de incrédulas ni de irreligiosas. Por donde tengo para mí que no anduvo muy léjos de la verdad un cierto amigo mio al asegurar que el corazon del hombre despues del pecado de Adan es por instinto católico-liberal, es decir, de suyo inclinado en todo á la transaccion, al justo medio, á la conciliacion hasta de lo más contradictorio é inconciliable. De suerte que llevado de este mal espíritu transaccionista y componedor que debió de soplarle Satanás allá al pié del árbol del Paraíso, ha salido el pobre género humano el más hábil casamentero y zurcidor de voluntades de que hay memoria en los anales de esta añeja profesion. Y dejando para otro dia el desarrollo más extenso de esta idea, que nos llevaria muy léjos, fijémonos hoy únicamente en la aplicacion que tiene al asunto que venimos tratando.

Aquella señora ó señorita que veis allá, cubierta de sedas y encajes, alegre, bulliciosa, locuaz, de mirada chispeante y de ademanes sueltos y desembarazados, á quien se ve pasar de los brazos de uno

á los de otro caballero, y que lo hace con el garbo y desenvoltura que todos contemplamos, ¿no recordais haberla visto en alguna otra parte?—No, por cierto.—Pues, vaya, amigo mío, ved de hacer memoria, como se dice: algo transformada está, pero vamos, preseindid un momento de la *toilette* de baile en que se halla ahora: paraos en estas facciones...—¡Ah! sí, ¡voto á Cribas! ¡la he visto esta mañana en la Comunión general! ¡Cáspita con ella! Y no será rara su presencia en estos sitios, como tampoco lo será su asistencia al sagrado acto; porque os aseguro, á fe de amigo, que en ambos se encuentra como en su casa: tan mística allí, como aquí alegre de cascos; tan recogida al pié del altar, como *aérea* y *vaporosa* en alas del vals. Está visto; reparte su corazón entre Dios y el diablo con una imparcialidad admirable, capaz de dar envidia á los más diestros profesores de balancín en este siglo de equilibrios.

¡Cuán frecuentes son en la sociedad actual tales acomodamientos! La mañana suele darse á Dios, ¿á quién se ha de dar la mañana? Al fin ni es aquella hora de baile, ni de teatro, ni se reciben entonces visitas. A la iglesia, pues. La piedad es también de buen tono algunas veces. Pero, la tarde y sobre todo la noche... ¡Oh la noche! Diríase que con esconderse el sol de nuestro horizonte se le ha quitado también á Dios su soberana intervencion, su presencia real entre nosotros y á la vista de todas nuestras fechorías. No importa que la moral del teatro sea muy distinta de la del confesonario;

que las impresiones del baile muevan muy de otro modo que las del recogido santuario del Señor; que las conversaciones libres y despreocupadas de la tertulia disueneen completamente de las ideas del sermón ó plática de ejercicios. ¿Quién se pára en estas frioleras.

No, no, amigos míos y amigas mías, el mundo para los mundanos, la piedad para los piadosos: esta es la ley, esto es lo razonable. No mezcleis, por Dios, campos que debieran estar completamente separados en la presente vida, como lo estarán eternamente en la otra. El mundo tiene su religion con que honra á Satanás y pervierte en obsequio suyo las almas, como la Iglesia enseña una religion con que se honra á Dios y procura en obsequio suyo salvarlas. Aquella falsa religion del mundo tiene, á semejanza de la nuestra verdadera, su evangelio, sus máximas, sus códigos, sus ministros, sus templos, sus sacrificios. Tiene ídolos á quienes rinde fervoroso culto; tiene hasta su organizacion, su propaganda satánica, sus misterios. Sirvenle poderosos personajes, tiene gobiernos á su devocion, posee la fuerza del dinero, cuenta con sábios y letrados, llama á su servicio las bellas artes y la elocuencia. Es, en una palabra, el reino de Luzbel en oposicion al reino de Cristo; la soberania del mal que procura imponerse al mundo, sustrayéndolo paulatinamente á la augusta soberanía del bien.

Católicos y católicas que pasais la mañana en la casa de Dios y la noche en el espectáculo inmoral ó en el baile poco honesto; que guardais un lugar

en vuestra librería para la santa Biblia y la *Imitacion de Cristo*, y otro para la última novela de Dumas ó de Paul de Kock: que teneis en vuestro gabinete la Purísima Concepcion de Murillo y el Crucifijo de Velazquez, y al frente de ellos quizás las desnudeces y obscenidades de la mitología pagana ó del drama moderno; que guardais en vuestro guardaropa trajes severos y graves con que os presentais en Cuarenta Horas y funerales, y trajes libres, alegres y ligeros, para descubrir vuestro cuerpo, no para cubrirlo modestamente, en el baile y en el teatro; católicos y católicas que así vivis y así pasais alegremente la vida, y así os burlais de la severidad en las ideas, que llamais intransigencia, como de la severidad en las costumbres, que llamais beatería; católicos y católicas que teneis un duro para la bandeja de la beneficencia y un duro ó una onza quizás para el beneficio de la bailarina, y os entusiasma en el periódico *bilingüe*, un día el elogio de Pío IX y el tributo de admiracion á su heroica entereza, y otro día el artículo en que se os recomienda la moderacion y hasta la amistad con sus perseguidores, y el reconocimiento de su inicu despojo... Católicos y católicas que pertenecis á esa generacion anfibia, epicena, indefinida é indefinible, pero á la cual el Vicario de Cristo y el instinto seguro del pueblo cristiano ha conocido siempre tan perfectamente..., decid, decid, ¿á cuál de los dos ejércitos creéis pertenecer? ¿de cuál de los dos reinos sois vasallos? ¿bajo cuál de las dos banderas sois soldados? ¿Sois de Jesucristo ó de

Satanás?— De Jesucristo; me respondeis con cierta afectada serenidad no exenta de turbacion.— Con que, os diré yo, ¿de Jesucristo es por ventura esa tan abigarrada bandera? ¿De Jesucristo esa moral tan elástica y tan complaciente? ¿De Jesucristo ese Evangelio tan blando y contemporizador con todo desórden? Pues, permitidme la atrevida expresion: de otro Jesucristo será, no del que nos ha enseñado siempre la Iglesia católica; no del que ha dicho: *Nadie puede servir á dos señores*; no del que ha dicho: *El que no está conmigo está contra mí*; no del que ha dicho: *Procurad pasar por el estrecho camino*; no del que ha dicho: *¡Ay del mundo por causa de los escándalos!* no del que ha dicho por boca de su Apóstol: *No queráis conformaros con el siglo*; no del que ha dicho por boca del mismo: *No hay convenio posible entre la luz y las tinieblas, y entre Dios y Belial*. Si otro Cristo habeis hallado para vuestro uso particular, como parece habeis hallado nuevo símbolo, nuevo Evangelio, nueva moral, nuevos sacerdotes, buen provecho os haga. A bien que no habeis de tardar en salir de dudas, los que las tengais por desgracia vuestra. Cerquita anda el juicio particular de cada uno, y no muy léjos debe de andar el universal, si no mienten las señas, y veréis entonces si valen allá esas mezclas y compadrazgos. No habrá entonces centros ambiguos; no habrá más que derecha ó izquierda. El que con las dos haya querido hasta entonces vivir abrazado y condescendiente, ¿con cuál estará?

XI.

Pero al menos de vez en cuando toleraréis á la gente moza algun desahogo... siquiera en Carnaval...

¿Mascaritas, eh? pues á eso voy, y os diré sobre el asunto lindas cosas. No sé si seréis de mi parecer, pero... francamente, á los motivos que hacen vituperable por lo comun el baile moderno y que nos han obligado á considerarlo como efficacísimo elemento de corrupción social, agréganse en los de máscaras agravantes circunstancias que ninguna persona de buen sentido y de medianos alcances puede desconocer.

Nótese que en los demás bailes, aun en medio de la mayor licencia, trae la mujer consigo un ángel de la guarda que vela por ella y la salva la mayor parte de las veces de llegar á ciertos extremos, aunque no por eso queremos decir la haga impecable. Este ángel de la guarda que la obliga á ella á respetarse á sí propia y á los demás á que la respeten, es el pudor natural, la vergüenza que saca los colores al rostro y quema las mejillas con la sangre que á ellas hace subir encendida del corazón. Ahora bien. Es indudable que los inventores del baile toparon ya de buenas á primeras con este sério inconveniente, mas hubieron de apechugar con él, pues no era caso de que las niñas dejaran su cara y su vergüenza en casa para presen-

tarsé sin tales trabas en la sala pública. Habían de bailar las infelices guardando ciertos respetos á la vergüenza, y no había al parecer más remedio. Pero ¡oh progresos del arte! Eso de dejarse en casa tan cómodamente la cara y la vergüenza, que á cualquiera hubiese podido parecer al principio idea insensata de un caletre desvencijado, han venido á convertirlo en verdaderísima realidad los bailes de Carnaval. Si, señor; tal como suena; en ellos las muchachas, para no exponer al sonrojo y á la vergüenza de ciertas libertades su propia cara, han hallado el medio de presentarse con cara ajena, cara insensible, cara inavergonzable (si se me permite el neologismo), cara á la que nada ni nadie sonroja, cara salvo-conducto y editor responsable y testafarro impávido de todo lo que puede sugerirle á su dueño ó el buen humor, ó la más descabellada frivolidad, ó tambien ¡óiganme los cándidos! la más desenfrenada lujuria. Esta cara ¡quién lo diría! se vende por tres pesetas en la tienda, y se compra con ella... ¡oh! ¿quién puede decir aquí lo que con ella se compra? Compra con ella la niña modesta y recogidita durante el año el derecho de parecer durante cinco ó seis semanas descarada cortesana; compra con ella tal cual madre de familia, ya entrada en años y aun no entrada en seso, el placer de pasar todavía por verde... ¿quién puede enumerar lo que se adquiere con la adquisición de aquella cara de raso negro, verde ó color de rosa? ¿quién es capaz de enumerar lo que con tal arrequite se compra? ¿y tambien lo que á

favor del mismo por desgracia tan frecuentemente se vende? Sábelo más que yo la crónica escandalosa de los círculos de Carnaval; sábelo mil almas destrozadas durante el resto de la vida por tardíos remordimientos; sábelo el infierno, que de tales invenciones recoge pingüe y sazónada su mejor cosecha.

Tal es, sí, amigas mías, doncellas y madres cristianas, que por tales os tengo aunque lo echéis en olvido con sobrada frecuencia, tal es la máscara que por tan inocente teneis y que tan sin escrúpulo consentis sobre vuestro rostro. Es la cara ajena, la cara de quitipón, la cara comprada con que pretendéis, más que cubrir vuestra fisonomía, evitaros los inconvenientes del pudor, de ese precioso don con que el Criador, al veros tan frágiles, os quiso tener como resguardadas. Sois, amigas mías, plaza frecuentemente sitiada; pero, convenientemente guarnecida y rodeada de ancho foso y poderosa muralla, es punto menos que invencible. Pues bien, ¿Tan insensatas sois que derribáis la fortificación en lo más récio del ataque, y os presentáis al descubierto precisamente donde á más y mejor meandean los tiros?

Escuchad otra observación. Lo que hace una niña al cubrirse con la máscara el rostro no es al fin más que dejar descubierta su alma. Y esto en dos sentidos. Primero, en el que acabo de indicar de dejarla desarmada de su natural defensa. Y segundo, en el de que cuando con la caretila de raso ha

logrado tapar el rostro, es cuando con mayor desnudez aparece ella tal cual es en el corazon.

¡Ah! sí, pobres hijas mías; ¡si supiéseis las inconveniencias que cometeis cuando por desgracia vuestra presunión no ser conocidas! Y eso que de Dios lo sois siempre y en todos trajes. ¡Cuán al desnudo mostrais ciertas flaquezas! ¡Cómo os hace en cierto modo transparentes el tupido antifaz! ¡Nunca como entonces os conocen á fondo los hombres como cuando á favor del disfraz pretendéis que no os conozcan! Más de un observador de costumbres y de corazones ha ido á estudiaros allí en el bullicio y risotadas de aquella desenvuelta orgía, y ha acabado por hacer de vosotras juicios nada favorables! Y ha imaginado luego que en vuestra vida común y trato ordinario sois cultas y modestas y recatadas y hasta honestas, solo porque el recato, la modestia y la honestidad os lo imponen forzosamente las conveniencias sociales! Y ¿quién no ha de pensar lo mismo, y cierto sin juicio temerario, viendo cuán fácilmente os deshaceis de vuestros escrúpulos, ¡oh mujeres que os llamáis y os creéis cristianas! así que una cara artificial, colocada sobre la vuestra propia, os libra de los inconvenientes de la vergüenza?

Mas coloquémonos en otro punto de vista. La sociedad, relajada como es y nada escrupulosa, tiene aun con eso un cierto pudor al cual raras veces se permite faltar, no por motivos de conciencia, ni por temor de Dios, ni por respeto á sus leyes santas, que todas esas consideraciones suelen parecer-

le hoy día á la sociedad de poca monta; sino por decoro propio, por espíritu de cultura, por lo que acabo de llamar hace poco conveniencias sociales, que con todo y no ser más que un cierto respeto á las formas exteriores y al qué dirán, evitan sin embargo algunos males, y sirven siempre de algun freno á la pública desmoralizacion. Este pudor social, este decoro público, hacen que en ciertos salones no sean admitidas ciertas mujeres degradadas con quienes nadie cree poder alternar decorosamente. Por igual motivo ni el jóven más corrompido se atreve en tales concursos á ciertas libertades que, ya que no por la nota de mal cristiano, le sonrojarian quizá por la de soez y mal educado.

Pues bien. De este pudor y pública vergüenza se despoja á si propia la sociedad en un baile de máscaras. La concurrencia no es allí selecta, ni aun en el sentido amplio que da el mundo á esta palabra; la galanteria no está allí obligada á guardar reservas ni perfiles; á los trajes nadie les ha impuesto regla alguna de etiqueta; la libertad en su más absoluta acepcion reina sola y señora en aquel revuelto mar de pasiones desenfrenadas. Los bailes más brillantes de nuestras capitales admiten en su vasta alfombra hasta lo más democrático ó en la gente *non sancta* de ciertos callejones y callejuelas, sin contar con los seres de la misma especie que no por vivir en calle principal y en primer piso y con roce más aristocrático son ménos dignos del asco y abominacion de las almas honradas. La máscara es el nivelador universal de todas estas

clases sociales que un resto de estimacion propia mantiene á cierta distancia durante el año. La máscara ¡oh madres! es el diploma que durante una ó más noches autoriza á tales mujeres para mezclarse con vuestras hijas y á vuestras hijas para mezclarse con tales mujeres, y esto ¡oh madres bienaventuradas! sin que peligro en las vuestras con tan rara compañía ni la inocencia, ni la honestidad, ni siquiera el buen nombre, joyas tan delicadas que ¡harto lo sabeis! el más ligero hálito las empaña. Y en tales noches la sociedad no solo consiente eso, no solo lo tolera, sino que lo aplaude, lo fomenta, lo procura, pues que (permitidme que lo diga todo) en no pocos bailes de máscara la comision organizadora que da providencia para que no falte excelente orquesta, espléndido alumbrado y rica ornamentacion, cuida tambien que esté representada en ellos la inmunda clase social que debe darles el tono y la animacion y el *ferret opus* propio de tales funciones. Salgamos empero de estos charcos, y vamos á otra cosa.

Al fin lo ménos peligroso que se puede hacer en un baile es bailar, lo cual no significa que lo reputemos inocente: hé aqui seguramente por qué apenas se baila en los bailes de máscaras. La danza es en ellos lo ménos, es simplemente el pretexto: la música no sirve más que para aturrullar, embriagar, producir el vértigo en la imaginacion y en los sentidos, y sostener en ellos la excitacion nerviosa; no para marcarles sencillamente el ritmo ó compás á los danzantes. Digamos la verdad, toda la

verdad; no hay allí más danza que la del pobre corazón palpitando agitado por las emociones del enredo, de la intriga, de lo que se llama, en el lenguaje técnico de los aficionados, la aventura. Enredos, intrigas y aventuras que se desea sean siempre muy cómicas, muy dramáticas, ¡oh, sí! y que paran casi siempre en muy trágicas para la paz del corazón, para el sosiego de las familias, para la honra ajena y para el alma propia.

Basta, basta; no queremos proseguir nuestra investigación por tan escabrosos caminos; harto dejamos indicado para que nos entienda quien entendernos debe; y si no nos entiende, peor para él.

¡Huid de las máscaras, jóvenes y doncellas que queréis conservar sin apostasia vuestro noble blason de hijos é hijas de Cristo! ¡Huid de ese golfo borrascoso do tantos han naufragado! Llenas están las orillas de infelices que perdieron en él la salud, el honor y el alma! ¡Mirad como reclamo del infierno el sucio cartelón con que á tales sitios se os convida! Os lo repito; no lo olvideis. ¡Es el Carnaval el agosto de Satanás, y son los bailes de máscara los campos de su mejor cosecha!

XII.

Hasta la caridad hace á veces como obligatoria la asistencia á tales diversiones. Buenos cuartos sacan de ellas los pobrecitos.

Una palabra sobre este punto del día; una palabra sobre estas diversiones benéficas y caritativas tan frecuentemente usadas en nuestros tiempos.

¡Caridad y diversion! ¿A quién no asombra el título? ¿A qué persona de sano estómago no se lo revuelve tan estrambótica mezeclanza? Pues, señor, por muy extraña que parezca la denominacion, lo es todavía más la cosa denominada, y á pesar de todo, nuestro siglo, que en vez de ser llamado el de las luces debiera mejor apellidarse el de las anchas tragaderas, pasa por ella, y ha venido á hacérsela tan llana y familiar, que á ciertos ojos vamos ya únicamente pareciendo extraños los que de ella nos extrañamos.

¡Caridad y diversion! He leído y oído mil veces el lema «Caridad en la guerra,» y lo he comprendido perfectamente. He comprendido que dos naciones ó dos bandos obligados por el honor ó por la ley ó por la defensa de una causa cualquiera á luchar hasta que uno de los dos se haya sobrepuesto á su contrario, hayan convenido en hacer menos dura la suerte del prisionero y del herido con mutuas consideraciones en que puede entrar por mucho el espíritu de caridad. Comprendo que puedan sentirse impulsos caritativos hasta en el mismo horror de los combates, descando cada uno de los ejércitos hacer menos doloroso el estrago que por precision ha de causar, y suavizar en lo posible los males que necesariamente trae consigo la dura ley de las armas. Comprendo hasta que se amen en el fondo del corazon soldados entre sí enemigos, prontos á despedazarse mutuamente á la orden del jefe; que se compadezca de las desgracias el mismo que es por su profesion causante de ellas, y

que, si es cristiano, tienda una mano amiga al rival vencido el mismo que un momento antes le asestó el arma homicida. Todo eso comprendo. Lo que no puedo comprender es la caridad por medio de la broma y de la diversion.

Hay calamidad pública á que atender; hay victimas que reclaman urgente socorro; hay hospitales llenos de heridos, ó barrios apestados donde gimen huérfanos y viudas, ó asilo de pobres que necesitan vestido y pan. Lo natural, lo razonable (no ya precisamente lo cristiano y lo conforme á piedad), parece debiera ser que las personas caritativas, conmovidas á la vista de tales desventuras, se mancomunasen para imponerse privaciones y sacrificios; que las damas de la nobleza convinieran en no abrir sus salones en toda la temporada; que los caballeros opulentos renunciasen al abono del teatro; que la pública commiseracion obligase á mantener cerrados durante la época crítica todos los centros de disipacion y de gastos inútiles. Y podríanse ver entonces en los periódicos unas como públicas competencias de generosidad y abnegacion y verdadero espíritu caritativo; y sabriase, por ejemplo, que la marquesa A, ó el caballero B, ó la familia del distinguido propietario ó comerciante ó banquero X, han dado á los pobres mil ó dos mil ó cuatro mil duros que figuraban en su presupuesto anual como destinados al lujo ó al placer, placer y lujo del cual se han abstenido caritativamente para hacer este sacrificio en obsequio á Dios y en bien de los necesitados.

Pero ¿es esto lo que acontece? No, por vida mia; á lo menos nunca llegó á mi noticia rasgo de tal naturaleza. Lo que leemos cada día ya sin extrañeza, cuando no debiéramos leerlo sino con vergüenza, es que tras cualquier noticia de siniestro ó calamidad social, exactamente como, segun el refran, anda la sogá tras el caldero, salen á remediarlos el consabido baile, el espectáculo quizá obsceno ó anticatólico, la mascarada con ribetes de anticlerical, la zarzuela cancanesca y desabrochada, etc. Y damas y caballeros poseidos de ardiente caridad y de entrañable compasion, transida el alma de pena por la desventura de sus hermanos, llorosos los ojos por el espectáculo de la viuda y del huérfano y del herido, acuden, corren, vuelan, como diria el bueno de fray Luis... á interesarse por los infelices bailando tiernamente hasta más no poder; á consolarlos divirtiéndose por ellos hasta la hartura; á socorrerlos despilfarrando en traje y tren y comilona lo que bastara para sacar de la miseria á doble número de desgraciados.

¡Oh santa caridad! ¡oh hija inocente del cielo, inspiradora de la abnegacion y del sacrificio, que de muy antiguo y aun hoy, gracias á Dios, cubres el mundo de hospitales y casas de asilo, al frente de los que pones por emblema la cruz, y organizas legiones de Hermanos y Hermanas, á quienes das por fundamento esencial de su profesion el retiro y la penitencia! ¡Caridad, hija de Jesucristo y de la Iglesia! Te has equivocado, te has equivocado. La generacion revolucióharia y semicatólica lo sa-

he mejor que tú. Ella, á imitación del médico de Moratin, lo ha arreglado de otro modo. Teatros debias alzar en vez de sombríos conventos; salones de baile en vez de repugnantes hospitales; aristocráticos circos en lugar de asilos de huérfanos y expósitos. Músicos y cómicos y danzantes habias de organizar en vez de severas congregaciones de oracion y de piedad; alegres bailarinas en vez de austeras Hermanas de tosco monjil; gasa, luz, armonías, perfumes, incitantes sensualidades habias de prescribir en vez de doloroso cilicio, larga oracion y estrechez de vida. A bailar habias de convidar á los tuyos, no á rezar; á suculentos banquetes, no á compartir el hambre del pobre; á gastar en broma y francachela, no á ahorrar para el necesitado; á trasnochar en alegre velada musical, no á contar las lentas horas de la noche junto á la cama del moribundo. ¡Te has equivocado, te has equivocado, hija atrasada del Corazon de Jesucristo! Te has equivocado, ó sino... tendrémós que decir que anda equivocado el mundo y con él los que le aplauden y siguen y justifican.

Puede que si que se equivoque, amigos míos, en eso el mundo actual, como en tantas otras cosas; puede que si que en esto tengamos razon los rematadamente neos y fanáticos contra los cultos é ilustrados, flor y nata de la civilizacion y del progreso modernos. Puede que si que en todos estos alardes de caridad y de empalagosa sensibleria no haya más al fin que grosero materialismo, caridad de piernas y sentimiento de estómagos, cuyas ma-

nifestaciones no es por tanto de extrañar se traduzcan en bulliciosa danza y apetitoso *buffet*. Caridad que retira el rostro del repugnante aspecto del mendigo; es verdad: la culpa se la tiene él. ¡Fuera enhorabuena simpático é interesante como el tenor de la ópera! Caridad á la cual ataca los nervios el sollozo de la viuda en su buhardilla y el grito de sus hijos hambrientos. ¡Sollozase la pobre viuda con cierto primor artístico, como gorjea la *prima donna*, y entonces fuera frenéticamente aplaudida, y recibiría tal vez coronas de oro y aderezos de brillantes! Caridad... Pero ¿sabeis por fin lo que es esta caridad? Caridad máscara, caridad de talco y de carton como las decoraciones de la escena, que es su templo favorito; caridad por lo civil como el matrimonio idem; caridad carnavalesca, porque Carnaval es quien le rinde más fervoroso culto; caridad hija de la revolucion y que será madre del socialismo, y que nos hubiera ya mil veces hundido en él, si á la chiticallando, sin bombo, recogida, modesta, pero eficaz, activa, incansable, no estuviese enmendando sus yerros y corrigiendo sus locuras la genuina, la verdadera, la católico-católica caridad. Aténganse á esta última mis buenos lectores, y de la otra postiza y de embeleco ríanse y detéstেনla como merece. Cercenen, si, de sus gustos y comodidades, que eso honra á Dios, mejora el alma y sirve al pobre. *Comparte con el necesitado tu pan*, ha dicho el Espíritu Santo; no ha dicho huélgate y date á la vanidad so color de auxiliarle. Esto lo dice el mundo. ¡Ay de la limosna

que para ir á la mano del indigente ha debido pasar por los focos de corrupcion! No la reconocerá por suya Dios, ni por hecha en nombre suyo, sino en nombre de su enemigo. Cargo de más le será al falso caritativo tal falsa caridad, nó descargo de conciencia en el día del general balance.

XIII.

Tampoco perdonará los toros vuestra critica feroz é intransigente.

En efecto; no los perdonará: tras del teatro y la sala de baile se nos presenta inmediatamente á la consideracion la plaza de toros. Dediquemos á ella siquiera un par de capitulos.

Si algo tiene en su favor el espectáculo de una corrida, es indudablemente lo primitivo de su origen. El primer salvaje membrudo y vigoroso (*Nembrot robustus venator*, por ejemplo) que se abalanzó á desigual lucha con los tigres y leones del desierto, gozándose en las emociones del combate y en ostentar luego sobre las desnudas y quizá desgarradas espaldas la piel ensangrentada de la fiera como trofeo de victoria, este fué el primer torero. Y los amigos y compinches que por vez primera contemplaron encaramados en las copas de los árboles esta arriesgada escena, y palpitaron de terror á cada una de las peripecias de ella, y palmotearon luego con frenesí en cuanto hubo logrado su amigo el triunfo, estos fueron los

primeros concurrentes y aficionados al toreo. Tiene por de contado, pues, este espectáculo el mérito de la mayor antigüedad sobre todos los demás. Nace, por decirlo así, con el hombre, obligado después de su culpa á vivir en guerra continua con los animales feroces; pertenece á aquella civilización y cultura antediluvianas en que su palacio era el hueco del tronco ó de la peña, su alimento aquellas bellotas tan ponderadas por D. Quijote, y su traje más comun las hojas de los árboles. Desde entonces solo los accesorios han cambiado, quedando la esencia misma en toda su brutalidad y salvajismo puro. En vez de la llanura inculta se levantaron después suntuosos circos; en vez del tigre ó del leon, pareció más divertido azuzar al toro; en vez de liarlo todo el hombre á sus poderosas manos ó á la clava de Hércules, estudió valerse de la pica ó de la espada; en vez de presentarse á la lucha desnudo ó terciada únicamente la piel de leon, hácelo hoy con gracioso calzon corto y chaquetilla bordada de oro. Notad, empero, que todo esto es puramente accidental. Sin esto habria funcion de la misma manera: lo esencial es lo que hubo ya desde el primer dia: un hombre sacado á luchar públicamente con una bestia; una bestia sacada á luchar públicamente con un hombre.

Despréndese de lo dicho que el tal espectáculo podrá ser muy venerable por su antigüedad, si hay cosas que puedan jamás ser venerables solo por ser antiguas; pero en cambio es de una brutalidad que seduce y enamora. En la plaza de toros, parécenos

que el toro es allí el rey de la creacion, no el hombre que lucha con él, ni los demás que acudieron á presenciarlo. Al toro hay que provocarle y hostigarle; muestra cierta cordura en no querer batirse sin que ni para qué, en rehusar salir á la arena como no sea forzado. Diríase que siente en su corazón tener que verse en el aprieto de despachar de una cornada un hombre ó varios á la eternidad en justo derecho de defensa. Diríase que al salir a la plaza y levantar su testuz formidablemente armado, y al pasear la ardiente mirada por aquellos bancos henchidos de público de mil clases y colores, hállese superior en instinto á toda aquella muchedumbre, y que solo él en medio de todos se encuentra por un momento racional. No sabemos si esto *piensa* allá en sus adentros el formidable cuadrúpedo; solo, si, dirémos que, caso de pensarlo, no fuéramos cierto nosotros quienes nos atreviéramos á negarle gran parte de razon. Pero... bromas aparte, y tratemos esta materia como las demás, únicamente con relacion á consideraciones cristianas, que esta es nuestra principal piedra de toque.

Decidme. ¿Es regular, cristianamente hablando, que por mera diversion exponga el hombre á grave riesgo su vida ó la de sus hermanos? Creemos que nadie sabria dar á esta pregunta más que una respuesta, á no tenernos á muchos miserablemente cegados la preocupacion nacional, ó el hábito de ver públicamente consentidas ciertas cosas. La vida no es del hombre: no puede disponer este de ella más que en los casos expresamente previstos

por la ley divina. Ahora bien: entre estos casos nunca supe hallar la pública diversion. Hallé, si, el caso de defensa propia, ó del prójimo, ó de la Religion, el del servicio de la patria, el del ejercicio de la caridad, el de la predicacion de la fe entre sus enemigos, etc., etc. Nunca, lo repito, nunca supe hallar el de pública diversion. Por donde he creído que nunca se debe arriesgar cosa tan preciosa, y que por añadidura no es nia, por motivo tan frívolo. La cuestion, pues, queda en cierto modo reducida á averiguar si el toreo, que al fin no es más que una diversion, ofrece ó no ofrece este riesgo *grave* á que cristianamente no debemos exponernos más que por causas verdaderamente *graves*.

Los que tratan de defender en el terreno de la conciencia estos espectáculos insisten mucho en que el riesgo personal que ofrecen dista de tal gravedad. «Se trata, dicen, de luchadores adiestrados por cierta educacion y por el ejercicio: el hombre tiene siempre sobre la fiera la superioridad de la inteligencia sobre el mero instinto; la tauromaquia es ya arte que tiene sus reglas conocidas y practicadas; una desgracia en ella debe considerarse, pues, únicamente como cosa accidental, á semejanza de las que acontecen en la navegacion, en las minas ó en otra industria cualquiera peligrosa.»

Especioso nos parece el argumento, pero nada más. No satisface la comparacion que se hace entre los peligros que ofrecen algunas industrias hasta cierto punto necesarias y una profesion (si place

llamarla así) puramente de recreo. Falta, pues, para igualar la gravedad de ambos casos, la igual gravedad del motivo. Además, sobre la importancia que se atribuye á la destreza del torero, á su educacion, armas y superior inteligencia, sobre todo esto, y más alto que todo esto, hablan con aterradora elocuencia los hechos. La estadística de las desgracias acaecidas en la plaza de toros es su mejor y más concluyente proceso. No pasa año sin que se registren varias en las columnas de los periódicos (1). A penas hay circo algo acreditado que no se haya regado varias veces con sangre humana (negadlo, si podeis); la plaza sola de Madrid podria

(1) Curioso es lo que se poco há en un periódico de Madrid. Dice así: «El jueves hubo en Valdepeñas una corrida de novillos que dejará recuerdos á todos los aficionados de aquella poblacion. Lidiábase cuatro bichos, y el cuarto, llamado *Totobio*, salió tan bravo que huyeron los diestros; y al hallarse solo el toro en el redondel, tomó carrera y de un salto se plantó en el tendido de sombra, donde arrolló á muchas personas, tiró á un agente de orden público á la plaza, y á otro le causó dos ó tres heridas.

«Tornó el animal al redondel, y al encontrarse solo, volvió á saltar al tendido, y de allí á los palcos, recorriendo estos, destrozando la barandilla y las sillas, y atropellando por todas partes al público que se agrupaba en pasillos y escaleras. El pánico fué espantoso y la escena terrible, pues solo se escuchaban gritos desgarradores, lamentos ó imprecaciones. El bicho, despues de quince heridas de bala, cayó al suelo y murió de infinitas puñaladas.

«*Totobio* mató á un niño de siete años, hirió á dos agentes, rompió muchos brazos y piernas, y causó muchísimas descabraduras, habiendo los barberos de Valdepeñas sangrado á más de 200 personas.»

¡Y cuidado que no se trata mas que de novillada!

llenar algunas páginas con los nombres de este odioso martirologio. Un aficionado á números y á proporciones ha calculado que la guerra con ser tan mortífera no ofrece, por lo regular, mucho mayor número de bajas que ofrece el toreo, habida razon de los miles y miles de hombres que se exponen en aquella y de los relativamente escasos que se dedican á este. Pues bien. Pésese todo esto con serenidad, sin afectada compasion ó sentimentalismo; pero tambien sin ridículo apasionamiento por un abuso, aunque sea español: discúrrase aqui con frialdad, con severo raciocinio, teniendo en cuenta lo que es la vida y el alma de un hombre, y lo poco que significan las palabras *diversion* y *divertirse* en comparacion de aquellas otras *vida* y *muerte*, y digasenos luego: ¿Es diversion cristiana la de los toros? ¿Es recomendable, en quien de buen cristiano quiera preciarse, la asistencia á tal espectáculo?

XIV.

Os fundais en un falso supuesto: no hay tal grave peligro de la vida del prójimo.

¿Que no? Escuchad. En tanto es cierto lo del grave peligro de la vida del prójimo en que fundábamos principalmente el carácter esencialmente anticristiano de la diversion de los toros, que en este grave peligro está precisamente lo interesante de la fiesta, careciendo por completo de atractivo

esta, si llegan por ventura á faltar para los concurrentes las emociones de aquel. Sucede aquí lo que en los bailes. No es cosa mala bailar. Convenido: pero un baile con las condiciones de pudor y recato que exigen las leyes de la modestia cristiana deja por lo mismo de ser baile en la acepcion que dan á esta palabra los verdaderos aficionados: así una corrida de toros sin las emociones que ofrece el riesgo constante de los lidiadores, deja ya de ser corrida formal, y pasa á la categoría de ruin y despreciable novillada. Lo delicado, lo palpitante del toreo está en que la lucha entre el hombre y la fiera sea verdadera lucha, con los azares y peligrosas contingencias de tal: para eso no se le permiten al hombre otras armas ni otro modo de lidiar que los convenidos, con lo que podríamos llamar cierto pacto tácito entre él y la fiera: para eso se exige que sea esta de raza fogosa, de vigoroso empuje, de cabeza bien armada: para esto se estimula al primero con feroz gritería de dictados y apodos que hieran su amor propio y le fuercen á provocar suertes arriesgadas; y se atiza á la segunda con la banderilla y la pica para que acometa con hrio y siembre de sangrientos despojos el redondel. Y una corrida en que el riesgo constante no tenga en continua emocion á los asistentes, llámase mala corrida; y llámase buena y magnífica aquella en que la braveza del animal ha dado lugar á suertes más peligrosas. Decidme claro: ¿es ó no es esto la pura verdad? Pues bien; responded ahora con franqueza: si el peligro grave de que pierda la vida

allí uno de vuestros hermanos es el que hace interesante vuestra diversion, en términos de que este peligro grave constituye el atractivo esencial de ella, ¿qué podeis decir en su abono y apologia? Ocurríame ahora una observacion. Oidla: ¿qué diferencia encontráis en que sea uno solo el hombre que lucha con la fiera, ó en que sean dos los hombres que luchan entre sí? A esto llamaríais inhumanidad, barbarie, brutalidad pagana; invocaríaís contra esto el anatema que la civilizacion cristiana ha fulminado contra los antiguos espectáculos de gladiadores, y ¡vive Dios! que hablaríais muy bien. Y sin embargo, paraos un momento, y reflexionad. No me parece muy menos brutal é inhumana la lucha del hombre con la fiera que la lucha del hombre con el hombre: solo encuentro que en esta peligran dos vidas humanas, cuando en aquella peligran una sola. Y si tan inhumano y brutal es poner á riesgo dos por divertirse, ¿diréis que es culto, que es civilizado, que es cristiano permitir se ponga á riesgo siquiera una? La sola diferencia de uno á dos ¿hará variar por completo la moralidad de la cosa? Nó, porque es axioma vulgar que lo más ó lo menos no varia la especie. Convengamos que en este caso seria vuestro criterio moral muy raro y singular. Resolved, pues, que es bárbara, inmoral y anticristiana en su esencia misma la diversion de los toros.

Cuando, pues, os inciten el deseo ó la curiosidad á que entreis en estos recintos que con lujo y esplendor más dignos de otro objeto ha levantado el

arte tauromáquico nuestra patria, única en el mundo que posee tan singulares monumentos; cuando venidos por la pasión ó por la costumbre tomeis asiento en aquellos palcos y tendidos, entre aquella multitud verdaderamente ebria, porque la sangre embriaga como el vino, oyendo á vuestro redor el clamoreo de un pueblo ávido de emociones fuertes, ante una fiera irritada y azuzada contra un hombre, á quien fuerzan á su vez á luchar con la fiera el amor propio, la profesion heredada, ó un puñado de oro que ha recibido... allí mismo, en aquellas mismas gradas, prescindid de vuestros hábitos contraidos, no os acordeis siquiera de que sois español, pensad únicamente en que sois hombre y en que sois cristiano. Y reflexionad luego sobre lo que vais á ver allí ó lo que estais viendo, y decios á vos mismo: «Si por divertirme yo fuese necesario que se derramase siquiera una lágrima, ¿tendria corazon para exigir se derramase esta, á trueque de que pasase yo un buen rato? ¡Jamás! ¡jamás! os responderá al momento alarmado vuestro corazon. ¡No, no quisiera comprar á tal precio unos momentos de pasajero esparcimiento! No obstante, proseguid diciéndoos, el espectáculo que va á empezar puede costar y realmente ha costado mil veces, no lágrimas solas, sino sangre y vida á varios infelices. Tal vez hoy no será necesario para divertirme este cruel sacrificio; pero de todos modos las condiciones del espectáculo lo hacen posible y fácil. Destreza y valor no les faltan á los luchadores, pero aqui como en la guerra no son los

cobardes los que más á menudo caen: al revés, la crónica tauromáquica me enseña que los más hábiles toreros han regado con su sangre el circo de sus proezas. Ahora bien. Si hubiese un hombre que por mi solo se expusiese de tal modo á la muerte por divertirme, ¿podría yo en conciencia consentirlo? ¿No? Luego tampoco debo contribuir con mi presencia á que la exponga por veinte ó cuarenta mil espectadores; pues lo que por uno es malo, lo es por un millon. La multitud no es más que la suma de las unidades.» Y si teneis corazón verdaderamente cristiano, dudo que sigais fomentando con vuestro dinero y con vuestra presencia una diversion contra la cual debieran á porfia levantar una generosa cruzada todas las almas delicadas.

Voy á referirte á propósito un lance fresco, como acaecido recientemente en la plaza de Madrid. Hace pocos meses celebrábase corrida de toros en el circo que en tiempos de luto y desolacion para el país ha alzado en su recinto aquella capital. Lo que allí tuvo lugar dejémoslo referir en su jerga tauromáquica al revistero de toros de uno de los periódicos de la capital: así será todavía más grotesco el contraste del horrible lance que pasó, con lo característico del estilo con que se refiere. Dice así:

«En mal hora pisó la arena el sexto, del Sr. Miura, que se apellidó *Chocero*, relinto colorao, ojo de perdiz y con gran melena; salió receloso y bravucon, pero cuando vió que no habia más remedio que defenderse; porque los de lanza en ristre le

decían que en guardia, no solo lo hacía, sino que desafiaba, cerniéndose en la suerte, y desarmaba siempre por punto general, recibiendo, por último, ocho tientos por cuatro costaladas y tres cuadrúpedos muertos.

«Cuando tocaron á banderillear, salieron á hacerlo, en primer lugar, un banderillero nuevo en esta plaza, llamado Mariano Canet (a) *Fusio*, natural de Valencia, y otro llamado Cosme.

«Correspondía banderillear el toro á dicho Cosme y á Remigio Frutos, *Ojitos*; ambos, según parece, hicieron esfuerzos para no permitir que parease *Fusio*; pero á las reiteradas instancias de este tuvo que ceder Frutos, y salió, en efecto, á banderillear el infortunado diestro valenciano.

«El toro, á nuestro juicio, debió pedir que se lo capeasen para sacarlo de la querencia que en las tablas había tomado; pero sea de ello lo que quiera, *Fusio* lo citó sobre corto y se fué á la res por derecho; llegó al centro, clavó el par un poco bajo y al lado derecho, y se quedó parado en el embroque. El toro humilló naturalmente, y al dar el hachazo alcanzó al diestro.

«El desgraciado banderillero fué volteado en este momento, pero con tal rapidez por parte del toro, que este tuvo tiempo para secundar el derrote antes de que *Fusio* llegara al suelo. Una vez en la arena el diestro, trató de incorporarse, pero la res acometió otra vez con gran impetu y volvió á cornear en firme y á pisotear con rabia al infeliz ban-

derillero, hasta que, dejándolo en la arena, tomó el toro viaje natural.

«*Fusio* se levantó, llevándose inmediatamente la mano izquierda al lado izquierdo del cuello, lado en que se percibía con gran claridad una horrible herida. Algunos dependientes de la plaza acudieron en seguida, y se apoderaron del herido, que dejó caer los brazos y desfalleció, siendo conducido con gran celeridad por los citados dependientes á la enfermería.

«Cuál sería el estado del desgraciado diestro, lo comprenderán nuestros lectores al saber que respiraba por la herida, y que esta consistía en la rotura de la yugular izquierda.

«¡Agua, que me ahogo! ¡Madre de mi alma, no «te volveré á ver!» Tales fueron las únicas palabras que pronunció el infeliz en la enfermería. Quince minutos poco más ó menos despues de tan atroz cogida, el banderillero Mariano Canet habia dejado de existir, víctima de un arrojó tan grande como su inexperiencia. ¡Dios haya acogido en su gracia el alma del pobre diestro!»

¡Qué horror! ¡Un hombre, un hermano nuestro, un hijo de Jesucristo y de su Iglesia, en pleno cristianismo, acorneado, pisoteado por una fiera en medio de un redondel, entre miles de hermanos suyos convidados allí para asistir á la arriesgada lucha del hombre con la fiera! ¡Y el infeliz abrasándose de sed en su agonía, y llamando á voces á su pobre madre, y doliéndose de no poder verla ya más, y falleciendo á los quince minutos en brazos

de sus compañeros! ;Y tras esto, siguiendo su curso la funcion, como si las agonias y muerte de un hombre no fuesen al fin más que un episodio natural de ella! Oigan sino con qué frescura prosigue el revistero su descripcion :

« Su compañero Cosme prendió despues dos pares con mil trabajos, y aquel toro «ladron» murió á manos de *Cara-Ancha*, despues de nueve pases naturales, dos estocadas bajas, volviendo la cara en la última, y un intento al descabello, que no lo consiguió, echándose despues el animal para el puntillero.

« Con el disgusto que naturalmente produce el espectáculo que acabamos de describir, estuvimos vacilando si abandonar el redondel; pero en el deber de cronistas, y con el corazon, como se dice vulgarmente, metido en un puño, seguimos en la plaza hasta la conclusion.

« La lluvia arreciaba cuando se presentó *Mayoral*, que así traía en la filiacion el séptimo, del Saltillo, negro meano, cornicorto y de regular trapio. No habia hecho más que recibir el primer rejonazo, cuando saltó la barrera, agarrando en ella al hermano del famoso pirador de toros conocido por el *Francés*, de cuyas resultas ha sufrido la noche última un fuerte acceso del higado, encontrándose al amanecer de hoy de bastante gravedad.»

; De modo que la muerte horrible del infeliz torero no impidió se siguiese lidiando el toro homicida para diversion del respetable público; y muerto aquel, sacóse todavía otro toro, que era el últi-

mo, como se hubieran sacado otros y otros, si el lance, en vez de pasar al fin de la fiesta, hubiese pasado al principio de ella! ; De suerte que allí hay *el deber* de no suspender la diversion del pueblo por más que á causa de ella muera un hombre, como hay *el deber* en el cronista de seguir contemplándola para poderse la describir luego con abigarrados colores al suscriptor y abrirle el apetito con las emociones del espectáculo! ; Y todo esto á *pesar del disgusto que naturalmente ocasionan sucesos de esta índole!* ; Vea usted! No horror, no estremecimiento, no indignacion; no más que natural disgusto! ; Al fin, como el que produce en un teatro el mal desempeño de una pieza por un mal cantante! ; Y ahí tienen Vds. el séptimo toro, que, por no ser menos, manda herido otro diestro á la enfermería, que aseguran lo está de suma gravedad!

Diganme Vds. En medio de todo, ¿qué es aquí lo más espantoso: la diversion que acaba de mandar un hermano nuestro al sepulcro y otro á las puertas de él; ó el cinismo del público que lo contempla y permanece impávido exigiendo la continuacion de la fiesta; ó la crueldad de la ley sin entrañas que lo consiente; ó el buen humor del feliz revistero que da cuenta de él? Escojan Vds. Para mí todos son peores.

Entre tanto un desdichado pagó con la vida su *celo heroico por divertirnos*; una viuda y un hijo recordarán la fiesta de Pentecostes de este año como el día para ellos más lúgubre de la vida... ¿qué quereis? ; El pueblo se divierte! Y el odioso circo

seguirá llenándose, no obstante, cada domingo, y seguiremos nosotros llamándonos, sin vergüenza ni remordimiento, cultos, y civilizados, y humanitarios, y no sabemos cuántas otras mentiras!

XV.

Y ¿qué decís de tantos otros medios de divertirse con que tropieza uno por esas calles y plazas, y de que andan llenos por ahí periódicos y carteles?

Que poco me resta ya que decir de ellos, pasada revista al teatro, sala de baile y plaza de toros. á las que pueden reducirse todas las demás.

Porque si quisiésemos hablar de ciertas tertulias que se llaman de confianza, ¿qué podríamos decir de ellas que no hayamos ya indicado de los bailes de sociedad? Tales reuniones íntimas no suelen distinguirse de los bailes públicos más que por la denominacion y por ser más reducido el número de personas que á ellas concurren, no por ser estas más escogidas, ni la misma intimidad menos peligrosa. Antes el mismo carácter familiar y doméstico que se les quiere conservar es causa de que se guarden en ellas menos precauciones, y ande más suelto en ellas el diablo tentador.

De los famosos *cuadros al rico*, que tan de moda han sido, nada ó casi nada hemos de decir, porque el asunto da ya bastante de sí, para que le ocurran á cualquiera por sí solas las reflexiones que nosotros pudiéramos sugerirle. Estuvo en lo

cierto quien los llamó espectáculos de carnes al vivo. Nosotros lo consideraríamos bucnamente como una cierta especie de prostitucion, ni más ni menos, sin que valgan en contra razones artisticas ó cualquier otro paliativo.

Ni saldrian mejor parados de nuestra critica la mayor parte de los que se llaman espectáculos de baile, es decir, bailes en que no se va á bailar, sino á mirar como se baila. Todo lo que alli se ve, trajes, grupos y actitudes es contrario á las nociones más rudimentarias de la moral cristiana. No puede, pues, excusarlo ni lo brillante de la decoracion, ni lo sorprendente de la tramoya, ni lo precioso de la música. Una palabra al oido. — ¿Os prestariais, señores empresarios, á suprimir de tal baile á la mujer ó siquiera á la mujer semi-desnuda? — ¡ Hombre! si precisamente... — Basta, pues; no hablemos más del asunto.

El espíritu de especulacion ha puesto en luga hoy dia cierta clase de exposiciones, contra las cuales debe protestar en todos tiempos la conciencia cristiana. Tales son las que muy frecuentemente se anuncian de anatomia y de historia natural. Cuando á la exhibicion de tales inmundicias presidiera únicamente el espíritu científico, fueran laudables; pero entonces su sitio es la academia de medicina, y su público *exclusivo* deben ser los individuos de la correspondiente facultad. Pero hacer de tales objetos pura industria, abrir la puerta de tales sitios á todo ciudadano, hombre ó mujer, chico ó grande, que se presente con media peseta

para pagar la entrada, podrá ser un negocio, pero es altamente inmoral, es hacerse cómplice de la corrupción del pueblo en grande escala. Debieran prohibirlo las leyes, si fuesen dignas de tal nombre y de la misión que tienen en la sociedad cristiana. Lo mismo debemos decir de las exposiciones de ciertos objetos históricos relativos á la Inquisición (?) que hemos visto anunciada hace poco en Barcelona, y de algunas colecciones de figuras de cera.

Los reñideros de gallos y perros, diversion que de algunos años acá nos ha venido del extranjero, no nos parecen los más propios para suavizar las costumbres, infundir hábitos de dulzura en el corazón del pueblo y templar su dureza é innata ferocidad. No está muy distante de ser cruel con los hombres el que lo es con los animales, ni causará gran terror ver correr la sangre humana á quien se haya familiarizado en el circo con el espectáculo de la de animales inofensivos. Harta fiereza hay en las costumbres, harto nos han endurecido nuestras infaustas revoluciones, para que acabemos de ahogar todo sentimiento de piedad natural presenciando por vía de pasatiempo rabias, destrozo de miembros, agonias.

¿Qué diremos de la inhumana explotación de que son víctimas ciertas desdichadas criaturas á quienes se ve recorrer nuestras calles entreteniendo al pueblo con ejercicios gimnásticos, danzas obscenas, cantos impíos ó impúdicos, etc.? Nuestro siglo ha ideado sociedades protectoras de ani-

males; no hemos visto empero entre nuestros filántropos quien plantease la cuestion de los saltimbanquis-callejeros. El pobre pueblo alarga compasivamente una moneda al dueño cruel de aquellas criaturas que le enternecen, no pensando que la tal moneda es un estímulo para que siga abusando de ellas el avariento empresario. Más valiera abrumarle con el desprecio público, ya que la ley, á cuya sombra ejerce su industria, no permite apostrofarle con los dictados de bárbaro y asesino. Aquellas extenuadas criaturas, flores tempranamente ajadas por la corrupcion y por los malos tratamientos; aquel niño y aquella niña que bailan descodadamente el can-can al son del organillo, ó dan el salto mortal, de la mañana á la noche, en nuestras encrucijadas, ó chapurrean vieas á Garibaldi y *mue-
ras* á Pio IX acompañándose con sus desafinados violin ó arpa, esconden ¡ay! en sus corazones terribles misterios de dolor y de precoz inmoralidad, cuya sola idea debiera hacernos estremecer. No, no hagamos objeto de cruel diversion los sufrimientos y la perversion moral de estas infelices criaturas!

Debemos en suma considerar como inmoral y anticristiana toda diversion pública ó privada, civilizada ó grosera, de la cual salgan mal parados, ó el pudor cristiano, ó la caridad á nuestros semejantes, ó el respeto á nuestra fe. Teniendo en cuenta este criterio, resolveréis fácilmente y sin vacilar cuantas preguntas se os hicieren ó cuantos escrúpulos os ocurran sobre todas las diversiones habi-

das y por haber. Más claro. La diversion debe obedecer á las mismas leyes que todo lo demás para poder ser calificada de buena; y solo cuando puede notoriamente ser calificada de buena, debemos considerarla licita. No por ser diversion debo tener ella carta blanca ó manga ancha para ser más libre ó menos escrupulosa. Al revés; por ser diversion, es decir, por no ser de suyo cosa necesaria, sino de pura frivolidad y pasatiempo, debe estar más ajustada á los preceptos de lo justo y de lo razonable.

XVI.

En definitiva: hemos de renunciar á toda diversion y meternos á Cartujos ó Trapenses para mayor seguridad: ¿no es esto, eh?

Así me interpelan alarmados una porcion de lectores, á quienes la razon ha obligado á conceder cada una de mis premisas, pero á cuya delicadeza se hace duro aceptar la consecuencia. Pues qué, amigos míos, les diria yo; si es cierto que las diversiones que os he descrito no son cristianas, y si es cierto que nuestra civilizacion apenas conoce otras, ¿creéis que me va á espantar el que con buena lógica deduzca uno de vosotros: luego no puedo yo católico divertirme? No por cierto. Quédesc eso allá para los pobrecitos doctrinarios (los hay así en moral como en politica) que profesan con gran firmeza, dicen ellos, los principios, reservan-

dose luego limitar á la medida de sus conveniencias la aplicacion de ellos. Admito, pues, buenamente la consecuencia que tan bien derivada sacais de mis antecedentes. Sí, señor, no debeis ni podeis divertirlos como se divierte hoy la gente del siglo. Ni debeis, ni podeis. A eso quise llegar, á eso hubiera llegado; esa es la conclusion práctica de mi sermon. Réstame solo explicarla.

Me ocurre para ello una observacion que oiréis como paradoja ó locura, pero que no por esto dejará de pareceros muy exacta á poco que discurreis sobre ella. Es la siguiente. No es lo malo divertirse; lo malo es que para divertirse se necesiten diversiones. ¿Os reis? Reid lo que querais, pero seguid escuchando. En otro lugar de esta obrita he comparado las diversiones á los juguetes de los niños. Pues bien; haciendo ahora hincapié en lo mismo, y sirviéndome de la misma comparacion, afirmo que lo sensible, lo de mal sintoma, es que el niño para ser feliz necesite juguetes, y que el mundo para divertirse necesite diversiones. Voy á explicarme, y me comprenderéis.

¿Habeis observado lo que acontece con el muchacho sano, robusto y correton que al salir de la escuela se lanza como un cohete á la plaza, al campo ó al jardín, y salta y brinca y se desahoga en alegres gritos y francas risotadas, y sube á los árboles, y apedrea á los pájaros, y goza como ellos del aire, de la luz, del cielo, de las flores y de las aguas? Preguntadle si se divierte; no sé si os res-

ponderá, según le traen atareado aquella manzana y aquel zoquete de pan que su madre le dió para mendrarse; pero miradle á la cara, védsela rolliza y fresca, saltarines los ojuelos, serena y desarrugada la frente, desbordándose de sus labios la sonrisa; nada más habréis de menester para adivinar que realmente si hay goce que llene todo el corazón y embriague todos los sentidos, es el que posee entonces aquella criatura.

Volved ahora los ojos á aquel otro que en lujoso y alfombrado gabinete, al pie de comfortable chimenea, sobre mullidos almohadones, rodeado de todos los mimos y halagos de la opulencia, esparcidos aquí y allí á su rededor cachivaches mil que para entretenerle ha traído de la tienda el cariño maternal, cuenta largas y enojosas las horas de una existencia endeble, devorada por languidez mortal y precozmente gastada. Todos los objetos á cual más raros y curiosos que ofrece en sus aparadores la moderna quincallería, no bastan á contentarle sino unas breves horas. El dije traído hoy de la tienda y esperado y recibido con febril ansiedad, esle ya viejo mañana, y para intacto y sin deslustrar entre los trastos de la bohardilla. Necesita el infeliz una sorpresa cada día, y aun ¡oh dolor! la presteza con que mueren en su boca las forzadas sonrisas que tales sorpresas le arrancan, muestran claramente que la satisfacción aquella fué más aparente que real; no llegó al corazón.

Puede que hayais ya adivinado al través de estas

comparaciones el fondo de mi idea. Niño que sin juguetes de la tienda sabe jugar y divertirse, es niño sano, corazon no gastado, alma feliz. Niño á quien no logran tener satisfecho todas las chucherías del aparador, á quien no alegra ni el sol ni el aire, que necesita cada dia nueva invencion de caballitos y muñecas para pasar distraido unas horas, y sin librarse con eso de sufrir otras muchas de tedio, languidez y malhumor insuportable... ¡pobre niño! roidas tendrá las entrañas por escondida enfermedad; gastado tendrá el corazon por vejez prematura: infeliz criatura á quien todas las diversiones no pueden divertir.

Tal me parece el mundo actual, amigos míos; niño ya viejo á quien la civilizacion se empeña en distraerle el tedio á fuerza de juguetes y frivolidades, y siempre sin conseguirlo. Mal síntoma por cierto. Nunca, nunca en los siglos cristianos se viera esa prodigalidad con que el mundo ofrece hoy á los suyos diversion y pasatiempo, y esa hambre siempre nueva que ellos no consiguen hartar aun dedicando á la diversion y al pasatiempo casi toda su existencia. Nunca, nunca se viera que llegase á constituir para el hombre una necesidad verdadera el juguete, es decir, la diversion artificial y pos-tiza, en términos de que nada le satisface sino eso, y aun eso no le satisface si no se le da con una variedad vertiginosa, y aun así solo le alegra unos momentos el rostro, ó le enciende un instante la sangre, ó le conmueve los nervios, pero... no le llena el corazon. Nunca, nunca se vieran hasta tal

punto pospuestos los goces del hogar al ruido del salon; el espectáculo de la naturaleza verdadera á la ilusion fingida de las tablas; la amenidad de las campiñas naturales á los *campos de recreo*, raquiti-cos y mezquinos artefactos del hombre; los encan-tos de la amistad y del compañerismo al trato cor-ruptor, ceremonioso y afectado de lo que se llama y no es la sociedad. Diríase, y es verdad, que en todo se ha preferido lo fingido á lo real, lo artifi-cial á lo nativo, lo postizo á lo espontáneo. Y diría-se en consecuencia, y sería tambien verdad, que siglo que para divertirse necesita de tantas diver-siones, es siglo muy desventurado en sus adentros, aunque todo parezca sonreírle de fuera.

Comprenderéis ahora lo que con tanta extrañeza vuestra he llamado «divertirse sin diversiones.» Y tengo para mí que este es el único género de ver-dadera diversion. Asi como dijo el otro que queria más dignidad que dignidades, y más honor que ho-nores, asi os aseguro yo, amigos míos, que deseo más diversion que diversiones. Aqui comb en otros muchos casos sucede que dice más el singular que el plural, aunque rabie la gramática. Lo repite: di-ersion, sí; diversiones, no. Oídme todavia un po-co más y llevadlo en paciencia, porque me despido del asunto.

¡Qué hermosa es la amistad! ¡Qué grata la con-versacion de dos almas que se comprenden y se aman, y mutuamente se estimulan al bien y á los generosos proyectos y á las levantadas resolucio-

nes! Hé aquí una diversion que no suele hallarse en las diversiones.

¡Qué dulces los placeres domésticos! Dénme un acompañado hogar en invierno y un verde emparado en verano, y en verano y en invierno el suave calor de la familia, la santa autoridad de los ancianos y la regocijada travesura de los pequeñuelos, y reniego de todos los casinos habidos y por haber. Hé aquí otra diversion que tampoco se halla en las diversiones.

¡Qué admirable es el espectáculo de la naturaleza! El sol con sus magníficas puestas y alboradas; la tierra cambiando de traje á la vuelta de cada estacion; las montañas convidando á levantar al cielo el espíritu, ó los valles inclinándole á recogerse en tranquilas meditaciones; los rios con su eterno andar y las peñas con su inmovilidad misteriosa; las aves con su música no aprendida; las flores con sus matices y perfumes... ¡qué teatro! ¡qué escenas! La mejor decoracion del mejor escenógrafo cansa al público si se la sacan algunas noches seguidas. La de la naturaleza es nueva aun despues de seis mil años de pintada por la mano de Dios. Otra diversion por la que dejaría yo todas las diversiones.

Y así discurriendo, buscad siempre los elevados goces del alma más bien que los de los sentidos; los naturales más bien que los artificiales; lo que llena de serena alegría el corazon, no lo que aturde y marea la cabeza. Saboread tal diversion, y de fijo os darán asco muy luego las diversiones que

hoy os seducen y enamoran. Pues qué, me diréis, ¿podríamos pasarnos nosotros sin el teatro y el salón, y los demás sitios sin los cuales ni concebimos posible la existencia? Y qué, os replicaré yo, ¿acaso es infeliz, es desventurada la mayor parte del género humano que carece de tales esparcimientos? ¿Y acaso sois felices vosotros con ellos? ¡Desdichados! ¡os he podido leer el corazón, porque mil veces me lo habeis abierto mostrándome toda su negrura! Todos los refinamientos de vuestra sensualidad, todo el brillo de vuestros espectáculos, todo el esplendor de vuestros dorados salones no os dan, durante cinco minutos siquiera, el regocijo y paz interior que disfrutaban casi á todas horas mil y mil hermanos vuestros que ni de oídas conocen el espectáculo y que pasan por delante de él sin sentir siquiera la tentación de poner en su recinto los pies. ¡Infelices, que necesitáis siempre ruido, mucho ruido de fuera, para no oír el gemido desgarrador que resuena allá dentro en el fondo de vuestro corazón, en medio de vuestras diversiones vacío y desolado!

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

¡Este entendía la diversion propia de la grandeza del alma humana! A bien que Fr. Luis de Leon nunca pasó de ser un buen fraile reaccionario. ¿Qué tiene que ver con él la ilustración del día?

Basta, lector; y si en tan prolija materia pude abusar de tu benignidad y parecerte duro é intransigente, lee y reflexiona. Tal vez un día me des la razón.

A. M. D. G.

ÍNDICE.

	Pág.
Introduccion.	3
I. — ¿Pues qué, no es lícito divertirse?	9
II. — Vamos; ¿qué escrúpulos se os pueden ofrecer, por ejemplo, contra el teatro?	13
III. — Al fin, clérigo habíais de ser para ver siem- pre las cosas únicamente por el lado feo.	19
IV. — Sea como fuere, yo llevo allá muy á menudo mi mujer y mis hijas, y sin embargo no creo hacer mal.	27
V. — Pero ¡caramba! tambien conviene estar algo enterado de todo: sí, señor, hasta de lo malo, siquiera para evitarlo.	31
VI. — Teneis razon bajo vuestro punto de vista in- transigente y clerical. Mas no suelen juzgarse con tan rígido criterio tales cuestiones.	36
VII. — Supongo no miraréis con más buenos ojos los bailes...	41
VIII. — ¡Exageracion! ¡exageracion! No es tan fiero el leon como lo pintan...	46
IX. — ¡Si en la realidad no pasa eso!... Juzgais de esas cosas por la impresion que en vos causan, y nada más. De esta suerte se conciben vues- tros negros colores.	52
X. — Pues yo veo en el baile á personas muy de igle- sia y muy de Sacramentos que no piensan ha- cer con ello ningun mal. Como que, es claro, lo cortés no quita lo valiente, ni lo católico impi- de lo galan.	57

XI. — Pero al menos de vez en cuando toleraréis á la gente moza algun desahogo... siquiera en Carnaval...	63
XII. — Hasta la caridad hace á veces como obligatoria la asistencia á tales diversiones. Buenos cuartos sacan de ellas los pobrecitos.	69
XIII. — Tampoco perdonará los toros vuestra crítica feroz é intransigente.	75
XIV. — Os fundais en un falso supuesto: no hay tal grave peligro de la vida del prójimo.	80
XV. — Y ¿qué decís de tantos otros medios de divertirse con que tropieza uno por esas calles y plazas, y de que andan llenos por ahí periódicos y carteles?	89
XVI. — En definitiva: hemos de renunciar á toda diversion y meternos á Cartujos ó Trapenses para mayor seguridad: ¿no es esto, eh?	93